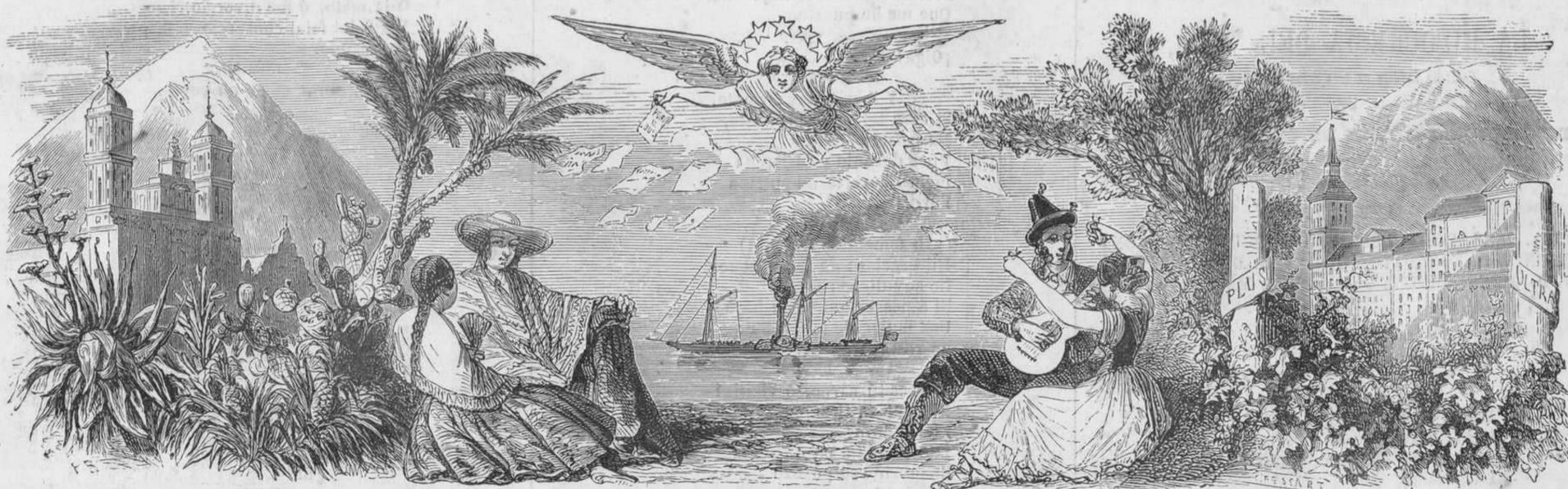


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

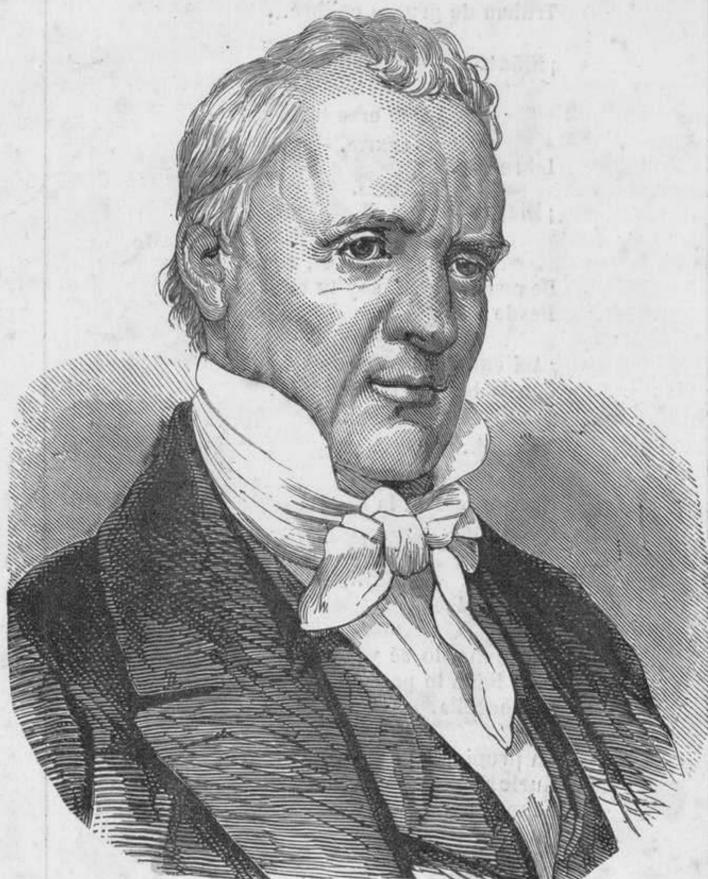
AÑO 15. — Nº 192

SUMARIO.

Los candidatos para la presidencia de los Estados-Unidos; grabados. — La hipocresía del vicio. — Grandes líneas telegráfico-eléctricas. — El Jardín Mabille y el Castillo de las Flores; grabados. — Las casas móviles; grabados. — Revista de París. — Hombres ilustres de la América española. — Las fiestas de Alejandría; grabado. — Gerifalte. — Notas y dibujos de un viajero por el departamento de los Vosges; grabados. — Aventuras de Polidoro Caldara. — Revista de la moda. — El Monte Blanco; grabados.

Los candidatos para la presidencia de los Estados-Unidos.

Figuran en esta página los candidatos que representan los distintos matices de los partidos en la Union americana, y que han obtenido mayor número de votos en las asambleas preparatorias. Parece que estos matices señalan claramente la opinion entre los americanos; para nosotros los europeos son menos sensibles, a menos que no relacionemos esos nombres con la cuestion de la esclavitud y los intereses representados por los *knownothing*. Quizá otro dia tendremos ocasion de



Buchanan.

hablar extensamente de estos personajes, de sus partidarios y de las causas que favorecen á cada uno de ellos; por hoy, y aunque pueda preverse que M. Buchanan triunfará de sus competidores, resumiremos la situacion con estas palabras que tomamos de una revista de los Estados-Unidos: « No perecerá la república. »

Los amigos de M. Buchanan, candidato demócrata, consideran asegurada la victoria electoral. Será sostenido por el Sur, por los partidarios de la anexion y de la absorcion, por la faccion que triunfa en el Kamsas, en una palabra, por todas esas fracciones de las poblaciones con que menos se entienden la América y la Inglaterra.

M. Buchanan parece ha retardado de intento la solucion del asunto de la América Central, y sobre el punto de una ocupacion armada se le suponen ideas diametralmente opuestas á las estipulaciones del tratado. Dícese tambien que se adhiere á las doctrinas formuladas en lo que llaman la conferencia de Ostende, donde ciertos diplomáticos americanos han proclamado principios en cuya virtud

todo Estado débil debe someterse á la voluntad de su vecino mas poderoso.

M. Buchanan que tiene en el dia sesenta y seis años, principió su carrera política en 1814. En cuantas ocasiones se han agitado grandes intereses en las asambleas de su país ó en los consejos diplomáticos, M. Buchanan ha podido siempre esclarecer la opinion de sus conciudadanos y ejercer una influencia sobre el gobierno.

M. Fremont no tiene iguales títulos políticos, pero es un hombre ilustrado, de resolucion, y que debe una inmensa fortuna personal á su espíritu emprendedor y atrevido. El fué quien primero descubrió los tesoros de la California, y quien puso en movimiento para ese país de todas las partes del mundo esas cuadrillas de trabajadores compuestas en un principio de aventureros, pero que poco á poco se van purificando y formarán en breve uno de los Estados mas interesantes de la Union. El nombre de M. Fremont indica que su origen es francés.

M. Millard Fillmore no es tampoco un nombre nuevo en la política. Era vice-presidente bajo la presidencia del general Taylor, y le reemplazó cuando este sucumbió de muerte repentina. La firmeza de su carácter le recomienda como un hombre capaz de sostener la balanza entre los Estados del Mediodía y los Estados del Norte divididos por la cuestion de la esclavitud. Sus discursos en las asambleas preparatorias demuestran cuales son sus miras y sus principios sobre este punto. « Nunca querría, dice, ser presidente de



Fillmore.



El coronel Fremont.

una parte de la nacion contra la otra. » No se adivina bien de qué manera se pueden poner de acuerdo intereses tan contrarios y tan hostiles; pero si M. Fillmore posee tal secreto, debe enseñarse al vencedor, cualquiera que este sea.

LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuacion.)

ESCENA V.

FELISA. INÉS. DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

INÉS.

Aquella caricatura
Es Benito.

BENITO.

(¡Tiene mi amo
Las ideas mas absurdas...
Pero habré de complacerle
Aunque me cueste una zurra
La gracia.)

INÉS. (Aparte con Felisa.)

Sí, sí; es preciso
Que yo interpele y confunda
A ese pillo.

FELISA.

Allí te espero.

No tardes.

(Vase por el foro.)

BENITO. (Dirigiéndose a la mesa de juego.)

(Vamos...)

INÉS. (Cogiendo a Benito de la mano, llevándose a un extremo del teatro y disfrazando la voz.)

Escucha.

ESCENA VI.

INÉS. DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA. D. MIGUEL. D. GINÉS. D. MAURICIO. D. TORCUATO. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

BENITO.

Mascarita, ¿qué me quieres?

INÉS.

Decirte que sé quien eres.

BENITO.

No es milagro.

¿Soy yo acaso algun mastuerzo

Recienvenido del Vierzo

O de Almagro?

Viendo mi cara y mi porte,

Cualquiera sabe en la corte

Quien soy yo.

INÉS.

¿Cualquiera? ¿De qué manera,

Si tú eres...

BENITO.

¿Quién?

INÉS.

Un cualquiera.

BENITO.

(Me caló.)

Al menos no es esta cara

Figura de una mampara;

Sino mia.

INÉS.

Algo tuyo has de llevar.

¿Quién le ha prestado ese ajuar

Al usía?

BENITO.

(Mutis, que está me conoce.)

Adios. Ya han dado las doce...

INÉS. (Sujetándole.)

¡Quieto, quieto!

O sé franco, ó te confundo

Y va á saber todo el mundo

Tu secreto.

BENITO.

Bien. (¡Qué diablo de mujer!)

Escucha. Vas á saber

Mi flaqueza.

Confieso que la fortuna

No me ha dado ilustre cuna

Ni riqueza.

No obstante, nobles y ricos,

Sé yo de muchos borricos —

¡Oh despecho!

Que, felices en amores,

Pasan la vida entre flores.

INÉS.

Es un hecho.

BENITO.

Y todo lo hace la ropa.

Hay hombre que anda á la sopa —

¡Suerte fea! —

Y si le refunde un sastre,

Con el duque de Alencastre

Sé tutea.

Ahora bien, sin ser hidalgo,
Yo sé, niña, lo que valgo...

INÉS.

¡Qué modesto!

BENITO.

Y vengo á hacer cabotaje

Esta noche con el traje

Que me he puesto.

INÉS.

¡Oiga!

BENITO.

Y llegas muy á punto,

Si eres tal como barrunto,

Mascarita;

Pues durante esta jarana

Pienso hacerte mi sultana

Favorita.

INÉS.

(¡Ah fementido traidor!)

Mil gracias: de tanto honor

No soy digna;

Ni á pescar tan triste barbo

Una mujer de mi garbo

Se resigna.

BENITO.

¿Y eres tú carne, ó vigilia?

De tí ni de tu familia

¿Qué sé yo?

¿No puede á un diablo mestizo

Encubrir ese postizo

Dominó?

Tú ves, máscara, mi juego,

Yo el tuyo no, y desde luego

Digo amén.

Si uno de los dos engaña

Al otro en está maraña,

¿Quién á quien?

INÉS.

Truhan de grueso calibre...

BENITO.

¡Niña!..

INÉS.

¿Acaso eres tú libre?

BENITO.

Libre soy.

INÉS.

¡Mientes!

BENITO.

Dices bien; sí, acabo

De mentir, pues soy tu esclavo.

Desde hoy.

INÉS.

¿Así cumples, gran demonio,

Con la ley del matrimonio?

BENITO.

Yo... Si... Pues...

INÉS.

No mereces tú la esposa

Que tienes.

BENITO.

¡Peche!... Poca cosa.

(¡Pobre Inés!)

INÉS.

Algun dia, lo sé yo,

Bien linda te pareció

La doncella.

BENITO.

Ya propia, aquí y en Palermo

Huele á puchero de enfermo

La mas bella.

INÉS.

(¡Qué oiga yo tales baldones

Sin darle de bofetones!)

¡Belcebu!

Si así huelen las mujeres,

Marido ruin, ¿á qué quieres

Oler tú?

BENITO.

El hombre nunca se gasta.

Somos de distinta pasta.

INÉS.

¡Mal veneno...

Pues ¡qué! lechuguino charro,

¿No somos todos del barro

Damasceno?

BENITO.

Segun te muestras airada,

Tú debes de ser casada...

INÉS.

¡Per mi mal!

BENITO.

Y tu marido es un bruto...

INÉS.

Sí.

BENITO.

Que infringe el estatuto

Conyugal.

Usa pues de represalias

Y pon á su nombre el *altas*

Consabido.

INÉS.

¿Sí?

BENITO.

Arreglémonos los dos.

INÉS.

¡Eso dice, santo Dios,

Un marido!

¡Mirás en este espejo,

Mujeres! Si ese consejo

Que me das

Toma un dia tu consorte,

Como otras ciento en la corte,

¿Qué dirás?

BENITO.

O la mato, ó me divorcio,

Y así del fatal consorcio

Me sacudo.

INÉS.

Eso es obrar como un bey.

BENITO.

¡Peche!...

INÉS.

Y esa ley...

BENITO.

Es la ley

Del embúdo.

INÉS.

(¡Villano!)

BENITO.

(Mi señorito

No dirá que no le imitó.)

INÉS.

(Merecía...)

BENITO.

Mas de ese riesgo se salva

Mi mujer.

INÉS.

¿Sí?

BENITO.

Es una malva.

INÉS.

¿Sí?

BENITO.

A fé mia.

Es incapaz de un desliz

Y me adora la infeliz

Con delirio.

INÉS.

¿Sí?

BENITO.

Con apacible calma

Sufrirá por mí la palma

Del martirio.

INÉS.

(No puedo mas.)

(Pellizcándole.)

¡Insolente!

BENITO.

¡Ay!

INÉS.

¡Falso! ¡Judío...

BENITO.

¡Tente,

Sierpeçilla!

INÉS.

¿Me conoces?

BENITO.

Sí, en lo suave.

Eres...

INÉS.

¡Bribon!...

BENITO.

Ya se sabe.

¡Mi costil a!

INÉS.

Niega ahora tus bastardos

Instintos, tus picos pardos,

Tus maldades.

BENITO.

Todo ha sido — ¡ten prudencia! —

Hipocresía, apariencia...

No te enfades.

Te conocí desde luego,

Y haciendo el lindo don Diego...

INÉS.

¡Mientes, mientes!

BENITO.

Lo juro...

INÉS.

¡Infiel!

BENITO.

¡Por Dios, calla!

INÉS.

Pero ¡uñas tengo, canalla,

Tengo dientes!

BENITO.

El amo está allí. ¿Qué intentas?

INÉS.

Bien: ya ajustaremos cuentas.

Ese fraque...

BENITO.

Tramoyas de don Miguel.

Así me disfraza aquel

Badulaque.

INÉS.

¿Para qué?

BENITO.

Ya lo sabrás.

(Despreñándose del brazo de Inés.)

Ahora no puedo...

INÉS.

Y no dudes, cara Inés,
Que tu esposo... —
Mas ¿tú en un baile de máscaras?
¿Con qué objeto? ¿Con quién...; Cáscaras!...
Me horripilo.
INÉS.
Sigo tus pasos, aveve.
BENITO.
La disculpa es llana y breve.
INÉS.
¡Cocodrilo!...
BENITO.
Pero es proceder ambiguo
El tuyo, y si yo averiguo...
INÉS.
¿Me amenazas?
BENITO.
No, pero...
INÉS.
¡Necia de mí,
Necia! ¿Por qué no te dí
Calabazas?
Pero siga el regocijo;
Que después... Solo te exijo,
Por ahora,
Que á don Miguel no le digas
Que me has visto, ni me sigas,
Ni...
BENITO. (Con ridícula gravedad.)
¡Señora!...
INÉS.
¡Silencio, y no hagas el bú!
Tienea mas honra que tú
Mis sandalias;
Mas si mueves alboroto...
BENITO.
¿Qué?
INÉS.
No echaré en saco roto
Lo del alias.
(Vase por el foro.)

ESCENA VII.

DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. BENITO. JUGADORES. MÁSCARAS.

BENITO.
(No puedo seguirla ahora,
Que el amo me espera allí.)
DOÑA LUPA.
¡Maldito siete de bastos!
¿Hay suerte mas infeliz?
JUGADOR PRIMERO. (Pagando.)
Cuatro duros.
D. MAURICIO.
Cuatro.
JUGADOR PRIMERO.
Tres.
JUGADOR CUARTO.
Mios.
JUGADOR PRIMERO.
Medio peso.
DOÑA HIGINIA.
A mí.
JUGADOR PRIMERO.
Ahora otro talla.
(Cuenta el dinero.)
DOÑA LUPA. (A un jugador.)
Me alegre,
Que nunca da una en el quid
Con ese hombre.
JUGADORES.
Cuatro, seis,
Ocho.
D. MIGUEL.
Yo tallo.
(Llamando.)
¡Fermin!
DOÑA LUPA.
Siempre echa la descargada.
DOÑA HIGINIA.
Vaya, señor de Solís;
No ha hecho usted mal su agostillo.
DOÑA LUPA.
(¡Que no fuera yo alguacil!...)
JUGADOR PRIMERO.
Apénas me he desquitado
De lo que anoche perdí.
(Levantándose y saludando.)
Señoras mías... Señores...
(¡Cuánto primo hay en Madrid!)
(Vase.)
JUGADOR QUINTO.
¡Tres onzas se me ha llevad!
JUGADOR SEXTO.
Yo dejo sobre el tapiz
Un empréstito de cinco:
Dos pagas; Marzo y Abril.
JUGADOR QUINTO.
Vámonos, porque si no,

Me voy á dejar aquí
La cera de los oídos.
(Vase.)
JUGADOR SEXTO.
(Me va á arañar Beatriz...
¡Maldicion...!) Abur, señores.
(Vase.)
D. MIGUEL.
¿No viene ese galopin?
(Se continuará.)

Grandes líneas telegráico-eléctricas.

Con este título ha publicado *La Revista de caminos de hierro* un interesante trabajo que merece ser trasladado á nuestras columnas.

«La telegrafía submarina, que va dejando sus cables desde Calais á Dover; desde Inglaterra á Irlanda, á Bélgica, á Holanda; desde Suecia á Dinamarca; desde el Piamonte á la isla de Córcega, y de esta á la de Cerdeña; desde Varna á Balaklava; desde Constantinopla á Galata; desde New-Brunswick en el golfo de San Lorenzo á la isla del Príncipe Eduardo en la Nueva Inglaterra, acomete estos días dos gigantescas empresas cuyo éxito es de grande trascendencia en el porvenir de la telegrafía universal y hasta en el destino de la humanidad. Hablamos del establecimiento de los dos cables, que al mismo tiempo y mientras escribimos estas líneas, se está verificando en Europa, en el mar Mediterráneo, y en América, en el gran Océano, para unir la Argelia con su Metrópoli, la Inglaterra con los Estados-Unidos, y aproximar el día en que un instantáneo cambio de comunicaciones se establezca:

Entre Europa y Africa:
Entre Europa y Asia y la Australia:
Entre Europa y América,

reuniendo así las cinco partes del globo.

Para completar la primera línea ya se está sumergiendo en el Mediterráneo el cable que ha de unir á Cagliari, en la costa de la isla de Cerdeña, con la Calle, cerca de Bona en la de Africa. Este cable, que se ha construido en los talleres de MM. Kupper, Glass y compañía, tiene 186 millas de longitud, 17 mas que el primitivo. El vapor *Deutchman* salió de Greenwich el 12 de julio, llevando á bordo el cable que hoy va entregando al *Tartaro*, que procedente de Argel es el vapor destinado especialmente á ejecutar la delicada operacion de la inmersion con los mismos oficiales de marina, y M. John Brett, que acometieron la malograda tentativa del último año.

Un despacho telegráfico de Bonifacio (Córcega) del 7 del corriente, ha anunciado que se habia comenzado la inmersion el mismo dia á las diez de su mañana con buen éxito, y que la comision auguraba un resultado favorable. Un despacho posterior del mismo dia á las siete y 45 minutos de la tarde participaba que seguia la inmersion con felicidad, y que el *Deutchman* que lleva el cable, estaba sobre el bajío de 2,000 metros ya conocido. El último despacho del 9 anuncia que se habia roto el cable, pero se esperaba reparar pronto este accidente. El tiempo era tambien propicio y se contaba dejar establecida la comunicacion eléctrica entre Francia y la Argelia ó entre Europa y Africa en ménos de ocho dias.

Dos líneas se preparan para enlazar á Europa con la India y con la Australia, á saber: una que será la continuacion del cable del Mediterráneo hasta el istmo de Suez, y la otra verdadera prolongacion de la red austriaca por la costa del mar Adriático.

La primera de estas líneas partirá de la Calle á Trípoli, Alejandria, el Cairo, Jerusalem, Damas, Bagdad, Bassora; por la costa septentrional de la mar de Oman á Hyderabad, y de allí á Bombay, desde donde mandará una rama á Kaboul y Cachemira, siguiendo la línea general á Calcuta, y por la costa Nordeste del golfo de Bengala, la península de Malaca, las islas de la Sonda, ganar el Norte de la Australia y bordear la costa oriental de este continente para terminar en el puerto Adelaide, despues de haber recorrido una longitud de 20,000 kilómetros.

La línea del mar Adriático quedará compuesta de tres partes: la que el gobierno austriaco ha concedido á una compañía con el capital necesario para establecer un telégrafo eléctrico-submarino, en comunicacion con las líneas europeas desde Catarro ó desde Ragusa en el litoral del Adriático, tocando á Corfú, Zante y Candia hasta Alejandria, y de allí por Jaffa y Beyroth á Seleucio; la parte que desde aquí continúa á Alepo, al castillo Jaber y á descender por el valle de Enfrates hasta el golfo Pérsico, que se propone construir la nueva compañía telegráfica de union entre la Europa y la India, asociada con la del ferro carril del Enfrates; y queda por último eslabon de esta cadena, la seccion del golfo Pérsico hasta Kurrachee, en su entrada, que ha decidido establecer la compañía de la India Oriental. Para que el gobierno inglés pueda comunicarse con Malta y Corfú, se tiene la idea de dirigir cables á estas islas desde Cagliari en la de Cerdeña.

La línea destinada á unir el Mundo Antiguo con el Nuevo, pasará el golfo de San Lorenzo con un cable submarino, poniendo en comunicacion el continente americano con la parte septentrional de la isla de Terra Nova; atravesará esta isla con los conductores aéreos, hasta la ciudad de San Juan para sumergir aquí en el Océano el inmenso cable submarino que ha de ir á la

costa de Islandia, donde despues de seguir corto trecho con hilos aéreos, pasará á la del Reino-Unido, con otro cable submarino.

El 27 del último julio llegó á Sidney el vapor de guerra inglés *Propontis* con el nuevo cable destinado al golfo de San Lorenzo: el 11 de julio se habia colocado ya una longitud de 83 millas entre el cabo Ray (isla de Terra Nova) y la bahía de Aspey (cabo Breton), verificando la inmersion en ménos de 15 horas; y despues de terminarse esta operacion, se comunicaban los despachos de una á otra orilla con el auxilio de una estacion telegráfica erigida provisionalmente, bajo una tienda, en el cabo Norte.

Hace algunos meses se intentó este ensayo, pero la operacion de la inmersion del conductor eléctrico, comenzada entónces con buenos auspicios, fué desgraciadamente interrumpida y abandonada, á consecuencia de una tempestad que rompió el cable é hizo perder su mayor parte; esta vez no ha habido ningun contratiempo ni detencion, y se ha devuelto el cable con la mayor facilidad. Al sumergirse en las mayores profundidades de 150 á 200 brazas, descendia con un ángulo próximamente de 23 grados, lo que demuestra que su mayor peso era mas que suficiente para contrarestar la marcha progresiva del navio.

Síguese con actividad el establecimiento de la línea aérea sobre la isla de Terra Nova, y á fin de poder atender á su vigilancia y reparacion, se ha abierto un camino en su direccion, y se han construido casas para los guardas, obreros y empleados de la compañía cada 10 millas; de modo que el elemento mas civilizador de la época ha llevado á estos paises desiertos la vida y la circulacion.

Créese poder colocar el cable submarino entre Nueva York y San Juan en lo que resta de verano, para de seguida organizar un servicio telegráfico y de vapores que permita conocer en Nueva York las nuevas mas importantes de Europa en el breve término de seis dias, esto es, en el mismo tiempo que tardan nuestros correos de Cádiz á Irun ó poco ménos que de Madrid á Lisboa.

Pero la parte mas dudosa para muchos, que se conceptúa como irrealizable para algunos y mas temible para todos, de esta gigantesca línea, es el cable submarino que ha de enlazar la isla de Terra Nova con la costa de Islandia. El estudio que se ha hecho del curso adoptado para la línea submarina ha dado por resultado que el fondo presenta en todas partes una planicie arenosa en que entrará el cable, sin temor de romperse; pero para emprender otra exploracion á fin de terminar el estudio definitivo de tan atrevido proyecto y fijar las bases de las operaciones que le han de realizar, salió el 17 de julio de la bahía de Nueva York, el *Artic*, vapor de hélice con la mision de sondear detalladamente el Océano entre la costa de Terra Nova y la de Islandia, y dentro de tres meses se espera saber con qué probabilidades podemos contar en el éxito de tan prodigiosa empresa. No falta quien tiene tal confianza que da por establecida toda la línea en el verano de 1857.

Estos hilos que unen entre sí á América, Europa, Africa, Asia y Australia vienen á formar realmente una sola y misma línea, á través de mares y continentes, cuyo tronco está en Europa, y sus dos ramas van: una, á la América del Norte pudiéndose prolongar á la del Mediodía, y la otra, á Africa, Asia y á la Australia.

Se ocurre el establecimiento de otra gran línea, verdadero telégrafo sin fin, que rodearia el globo, con ménos obstáculos naturales que la anterior. Esta línea partiría de la América del Norte, dirigiéndose, por un lado á los bancos de Terra Nova y costa occidental de Irlanda, y del otro pasando á Rusia, por el estrecho de Bhering, vendria á cerrar el circuito, tan luego como aquel imperio atraviere su territorio de Oriente á Occidente con una línea telegráfica.

El trazado indicado para este hilo sin fin, seria el siguiente: de Inglaterra pasar á través de Escocia: de las islas Orcadas y Shetland, de las Feroe, la Islandia, la Groenlandia, el Labrador, el Canadá, los Estados-Unidos, la California; despues, bordeando la costa del Océano Pacífico á través del territorio del Oregon, ir á las posesiones de la América rusa, tocar la península Aliasca, las islas Aleontes, el Kamtchatka, Ochotsk, Irkutsk, Kausu, Kolivan, Omsk, pasar el Ooral dirigiéndose á Kasak y Moscou donde quedaria unida la línea al sistema telegráfico de la Europa oriental y á la red que llega hasta Inglaterra, y por consiguiente, quedaria cerrado el circuito.

El Jardin Mabilie y el Castillo de las Flores.

El *Jardin Mabilie* es conocido en el mundo todo; veinte años hace que existe y en este tiempo ha adquirido esa reputacion universal que le vale la primera visita de todo extranjero que viene á Paris en el verano. ¿Quién se atreveria á salir de Paris sin haber visto, siquiera una vez, el baile Mabilie? El sitio en efecto merece esta boga. Nada puede dar una idea exacta del lujo verdaderamente maravilloso de ese jardin; todo allí es espléndido, deslumbrador, y puede decirse que es ideal, se halla combinado con la realidad de un modo sorprendente. Pero quien sabe, si con el furor de demoliciones y embellecimientos que hoy se nota en Paris, el *Jardin Mabilie* desaparecerá como tantos abrigos campestres de los barrios próximos, ó si la moda, esa implacable enemiga de todo lo antiguo provocará su decadencia, su olvido, su ruina! Las prosperidades desaparecen un

dia determinado, como desaparecen la juventud y la alegría: ¿qué es lo que dura en este mundo? ¿Dónde están los jardines de Tebas? ¿y los de Nínive? ¿y los de Babilonia? Yerbas secas, árboles muertos, razas perdidas para siempre. — Es el destino, dice el poeta. ¿Dónde está Tivoli, aquel otro jardín parisiense donde como hoy en Mabillo, apenas hace veinticinco años la generación de veinticinco años de entonces se abrigaba, y reía y bailaba y se perdía en largos coloquios, en dulces confidencias, debajo de los árboles al hermoso resplandor de la luna? En vez de los frondosos árboles y de los verdes prados hoy se ven casas y mas casas. ¡Ah! el propietario se cuida poco de los árboles, de la verdura, de las flores; el amor mas puro y la mas elevada poesía no valen en dinero lo que los cuartos alquilados.

Sin embargo, tenemos otro Tivoli admirablemente corregido y embellecido en el *Castillo de las flores*. Este otro jardín de baile de creación moderna, es otro lugar encantado gracias á la inteligencia y al acierto de los herma-

nos Mabillo, á quienes pertenece como el otro que lleva su nombre. El que escribe estas líneas no ha podido asistir á las fiestas de Tivoli, pero duda que se puedan echar de menos al presenciar las que se dan hoy en el Castillo de las Flores.

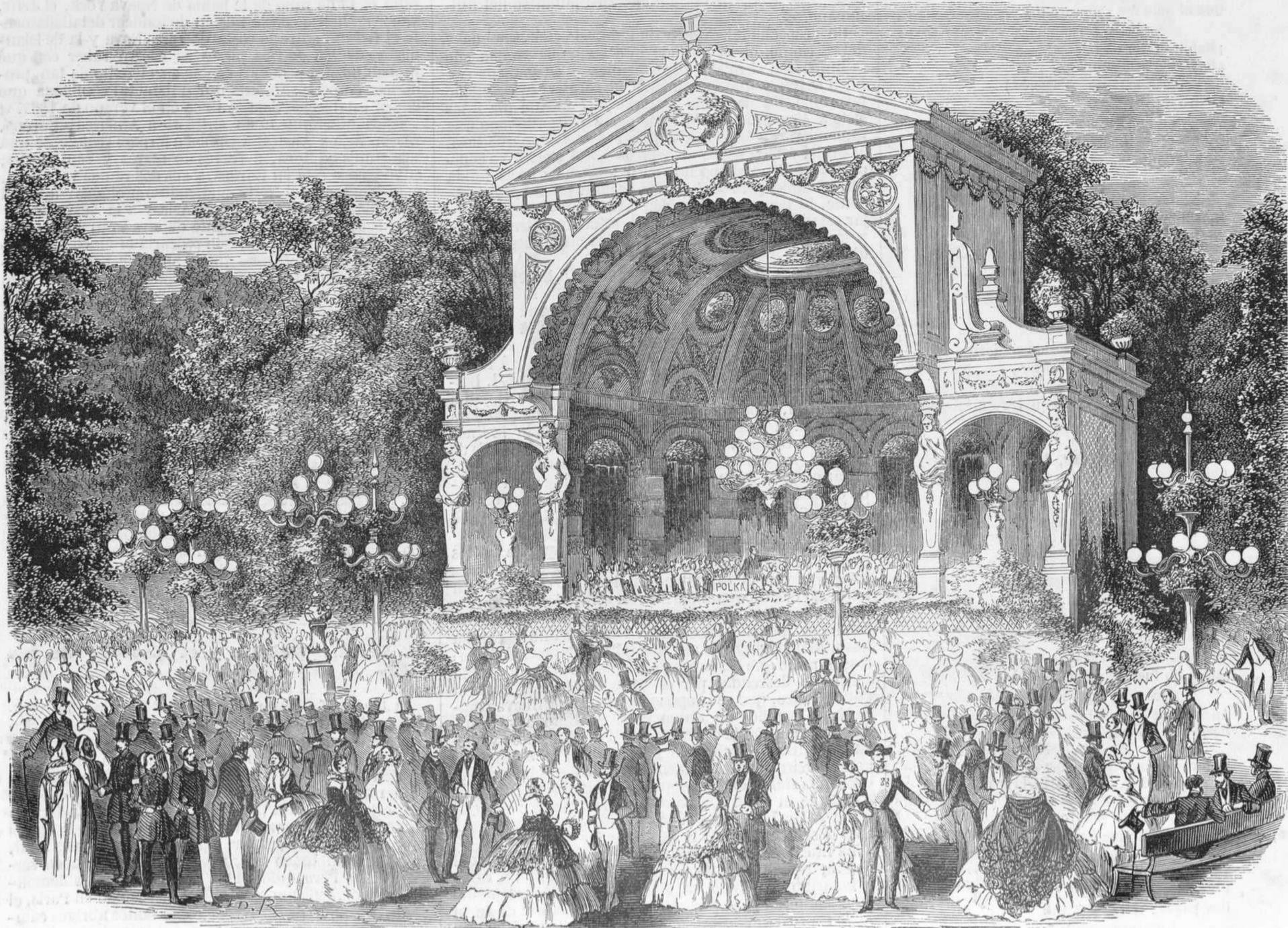
« Solo un poeta, dice con muchísima razón M. Rosier, podía elevar á tan alto grado el genio del gusto. Parece que el genio del gusto preside efectivamente al arreglo de ese jardín tal como está hoy. Su aspecto general es admirable; y no son sus infinitas luces, ni sus frondosos bosquecillos, ni los juegos de todas clases que hay en él, las causas de esa fisonomía seductora; su hechizo le debe solo al gusto, al arte con que se hallan distribuidas todas las cosas.»

Es verdad que M. Víctor Mabillo es autor de un tomo de poesías llenas de ideas frescas y de fantasías originales; ¿como un poeta de su mérito habría podido dejar de hacer maravillas, cuando se trataba de un establecimiento que, con razón, lleva el título de Castillo de las Flores?

D. T.



Entrada principal del jardín Mabillo en los Campos Eliseos.



La orquesta y el salón de baile del Castillo de las Flores.

Las casas móviles.

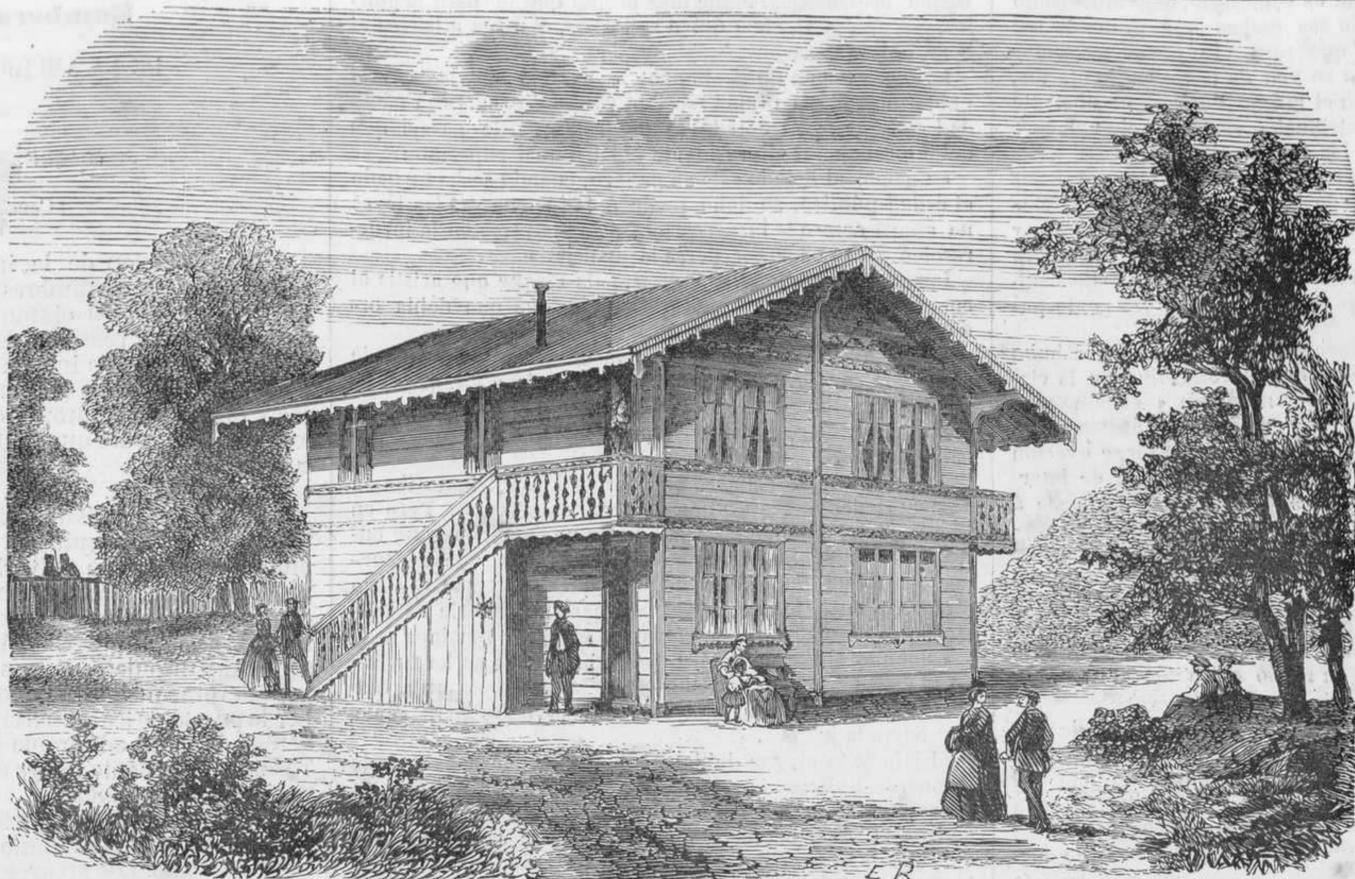
En este momento se hallan á la vista del público en la avenida de la Emperatriz dos *casas móviles*, debidas al talento creador y á la filantropía de M. Seiler, diputado de la Confederación Suiza, miembro del consejo superior de Berna y prefecto de Interlaken. Los que visitaron la Exposición Universal del año último se acuerdan sin duda de aquellas bonitas casas de madera establecidas en el jardín del palacio de la Industria, y los que se pasean á menudo por el bosque de Boulogne, tienen muy presente la elegante arquitectura de esos pequeños edificios que tanto adornan ese paseo pintoresco.

Lo que hasta hoy había sido una cosa superflua para los ricos, va á suministrar, según dicen, gracias al apoyo del gobierno y al patrocinio de una compañía financiera, una solución de bienestar y de aplicación práctica para todas las clases de la sociedad. Las dos casas móviles elevadas en la avenida de la Emperatriz realizan las elegantes comodidades que apetecen hoy en sus habitaciones las personas de la clase media, y la perfección económica de una casa para obreros. La innovación es oportuna y no podrá menos de alcanzar el favor que se merece.

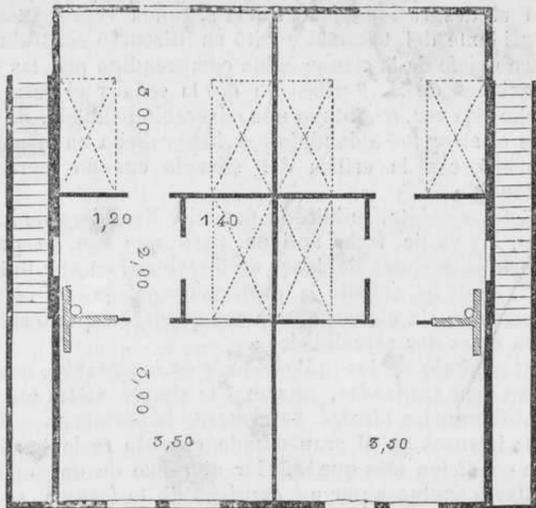
El Estado, la villa de París y la junta de Sanidad han pensado que había en esta invención (véanse los dibujos copiados de las muestras que hemos visto como todo París) una respuesta perentoria á las preocupaciones que la carestía siempre en aumento de las casas, los embellecimientos de París y las necesidades de la industria hacen tan palpitantes; y al mismo tiempo que la comisión municipal proporcionaba cerca de la barrera Rochechouart un terreno destinado á la construcción de doce casas de prueba para la clase obrera, M. Seiler recibía del ministerio del Interior una subvención para la realización de ese gran problema de economía social.

Esta casa modelo, ingeniosamente construida, es habitable y sana desde el momento en que está colocada; con su colocación utiliza los terrenos mas vagos, los sitios mas improductivos; ventilada, abrigada y con buena luz, se arma y se desarma con una facilidad inaudita; se halla al abrigo de todo elemento de insalubridad, pues resiste á todas las circunstancias de la atmósfera; es susceptible de los embellecimientos mas artísticos, así como se presta á la sencillez mas humilde; alternativamente puede ser casa de recreo enterrada bajo la verduura, taller, kiosco, café, pabellón, almacén, sala de concierto ó de baile, tienda para los trabajadores, abrigo para los colonos, los buscadores de oro ó los viajeros, y siempre y por todas partes cómoda, económica y obediente á todas las exigencias de la necesidad así como á todos los caprichos del gusto.

Antiguamente el edificar una casa era un milagro que hacia época en la vida y en los trabajos mas difíciles que pudiera cumplir el hombre. Hoy no hay nada mas sencillo ni mas breve. Los constructores realizan maravillas ciertamente, pero M. Seiler tiene su casa edificada cuando el arquitecto mas hábil no ha



Casa móvil sencilla construida por el sistema de M. Seiler.



Composición interior de una casa móvil sencilla.



Casa de un modelo mayor construida por el sistema de M. Seiler.

concluido todavía de levantar sus planos.

Destinada para habitación de una sola familia la casa móvil se compone de los cuartos siguientes: en el piso bajo tiene antesala, cocina, comedor, sala y gabinete, y en el principal cuatro piezas que pueden servir todas para dormir, si se necesita; el precio de alquiler es, por término medio, de 600 fr. anuales. Para dos familias que paguen cada una 300 fr. por año ofrece dos habitaciones completas compuestas cada una de dos piezas, comedor, cocina, antesala, etc. — Para cuatro familias que paguen cada una 150 fr. por año, da cuatro habitaciones compuestas de comedor, cocina, alcaoba, gabinete, etc. Cada habitación tiene su entrada separada.

Basta comparar una habitación de este género con los malos cuartos que se hallan

por el mismo precio en todos los barrios de París, para conocer que el beneficio de 50 por 100 que se realiza en la casa móvil, es la menor de las ventajas que esta casa ofrece. Hé aquí en qué términos enumera un periódico estas ventajas:

«Hoy, dice, las demoliciones y la elevación de los alquileres no permiten ya á los pobres que habitan cerca del sitio en donde tienen sus tareas, inconveniente que es muy digno de llamar la atención. Y sin embargo, no faltan terrenos desocupados en el interior y en las cercanías de las ciudades, por manera que colocando en ellos casas de madera móviles se podría suministrar un buen asilo á poblaciones enteras.

» La idea no es una utopía. M. Seiler construye casas de un aspecto muy bonito, donde cuatro familias de obreros, mediante 150 fr. anuales cada una, encuentran una habitación completa y mucho mas cómoda que la que podrían hallar en otra parte por igual precio.

» En cuanto á las casas para las clases acomodadas, puede suministrarlas igualmente muy elegantes y muy cómodas á un precio bien inferior al de una casa del mismo tamaño de fábrica, y sabemos que aun así, saará un buen beneficio de estas construcciones.»

J. C.

REVISTA DE PARIS.

A pesar de los grandes calores del verano excepcional que vamos atravesando en París, el teatro de la Opera nos ha ofrecido en la última semana una obra incomparable, el «Guillermo Tell» del maestro Rossini; pero ejecutado como hace veinte años, esto es, con todas las piezas que escribió el autor, la ópera entera. ¡Indigna profanación! Esta partitura, sin duda la mas completa, la mas brillante y sublime de todas las obras maestras que ha dado al mundo el ilustre Rossini, había venido reduciéndose de supresión en supresión, hasta el punto de perder el acto cuarto, sin contar las piezas mutiladas en los otros tres; gracias sean dadas, pues, al actual director de la Academia Imperial de música: por habernos devuelto en su estado primitivo una de las producciones mas notables del arte musical. Inútil parece decir que el entusiasmo del público fué grande.

si bien la ejecución, sensible es confesarlo, dejó muchísimo que desear. Es achaque de esa escena que pretende ser la primera del mundo y que rara vez puede presentar un conjunto de partes como se ven en teatros secundarios, no dirémos en Italia sino en el mismo París. Y no obstante el doble aliciente de una retribución elevada y de aplausos estrepitosos no falta aquí á los artistas —Es en verdad innoble el ver casi todo el patio de ese gran teatro de París ocupado por una cuadrilla de hombres inmundos (la claque) que aplauden á su antojo, sin cuidarse de que hay allí un público, único juez competente y con derecho para manifestar su aprobación ó su desagrado, y que calla siempre por no confundir sus aplausos con los de esa gente pagada.

En esa primera representación de « Guillermo Tell » hubo un conflicto con el tenor Gueymard producido por la claque. Gueymard acababa de concluir su aria « Amis, secondes ma vaillance, » cuando el patio se puso á llamarle á las tablas con gritos desaforados; pero esta torpe ovación tenía el inconveniente de cortar el espectáculo, de interrumpir la música y de obligar al director de orquesta á cruzarse de brazos en tanto que Gueymard hacia sus reverencias. Este abuso, tolerado en los teatros italianos porque procede del público entusiasmado, no es soportable en París porque se conoce la intención interesada, y así en el lance en cuestión una parte de los espectadores impuso silencio á las vociferaciones del patio. Gueymard se imaginó que el público se dirigía á él y se metió entre bastidores muy cabizbajo.

Mucho se ha escrito en París contra la existencia de este abuso que quieren calificar de útil y necesario; pero nada se ha conseguido; y aun la inflexible voluntad del jefe del Estado se estrelló hace tiempo contra esta institución de la claque que degrada los teatros parisienses. Les llaman los « romanos » del patio, sin duda á causa del ardor que despliegan para alcanzar la victoria; si son romanos, su jefe debe necesariamente llamarse César. Con efecto, en las noches de primera representación el César de servicio apoderándose de la dictadura manda imponer silencio á los contrarios.

Otros dicen que han tomado ese nombre de romanos en recuerdo de su origen, pues existían en la antigua Roma como se prueba en la comedia latina en que Mercurio dirigiéndose á los espectadores exclama:

« Júpiter quiere que si los actores tienen apostados algunos amigos para aplaudirles, los vigilantes les despojen de sus vestidos y les den de latigazos. »

Los franceses son mas políticos que Júpiter y Mercurio; cuando los « claqueurs » incomodan demasiado al público, este se contenta con gritar: « ¡Fuera, fuera! » y gritar un poco.

Pero hemos dicho arriba que este abuso parece necesario en París y hé aquí las razones que se aducen: Por indiferencia, por pereza, el público ha dejado de aplaudir, y á veces también por falta de atención ó de talento. En este último caso los espectadores dejan de ser jueces, y es menester sustituirlos con hombres disciplinados y complacientes á quienes los autores indiquen de antemano cuales son los pasajes que deben aplaudir, cuando deben llorar ó reír á carcajadas. De este modo en los tribunales un abogado nombrado de oficio para defender á un acusado guía á los testigos en las declaraciones, les dice lo que han de confesar, porque conoce el fuerte y el flaco del negocio. ¿Y no representan el papel de acusado ante el tribunal del público los autores y los actores? ¿No deben ser condenados ó absueltos? La única diferencia es que, gracias á los « claqueurs », autores y actores salen siempre victoriosos.

Lo cierto es que en el actual estado de cosas la supresión de la claque sería una innovación fatal para los artistas; los actores de mas fama se encontrarían cortados en presencia de un público impasible que no les recibiría desde luego con palmadas y bravos. El público parisiense rara vez aplaude, y nunca con el entusiasmo de la claque.

Lo mismo sucede con los autores. Si hay uno á quien esos hombres podrían ser inútiles es M. Scribe, tan fáciles y frecuentes son para él los triunfos, y sin embargo, hay pocos escritores que pidan mas socorros á su celo, pues le horroriza que una producción suya se ejecute en el silencio helado de la Siberia. Que indique á los actores sus intenciones, que señale á los menos inteligentes las agudezas y chistes de su diálogo, nada mas natural, pero ¡qué apuro cuando tiene que hacer otro tanto con los « claqueurs! » No todos pueden hacer alarde de claro entendimiento, y así un jefe de claque despierto, que lo comprende todo, es tan precioso como un gran capitán en las batallas. Hay teatros en París donde el jefe de claque tiene mas nombradía que el actor mas querido del público. Así se le contempla y agasaja. Solo un jefe negado comete una imprudencia como la enalada arriba con Gueymard, y como esta otra que tuvo por víctima á M. Scribe.

El célebre autor se disponía á poner en escena una de sus obras mas famosas: « el Arte de conspirar. » Cuando llegó el momento de hacer el último ensayo, Scribe suplicó á varios amigos suyos que asistieran á él. Con algunas cuantas observaciones el ensayo llegó sin tropiezo hasta la escena quinta del acto cuarto, que es cuando entra en escena el tribunal supremo de justicia. Los magistrados con sus largas togas saludaban respetuosamente y se retiraban á un extremo del escenario sin haber pronunciado una sola palabra. M. Bonnet, un pariente de M. Scribe que es abogado, y que se hallaba en las lunetas, exclama:

— Alto ahí: un tribunal supremo no puede reducirse á un papel nulo, sería anularle demasiado. Los magistrados no son comparsas, y además, añadió riendo, sin duda hay entre ellos algunos abogados que ascendieron á esas altas funciones de judicatura; ¿cómo no han de hablar pues? Sería inverosímil hasta el último extremo.

M. Scribe es un hombre demasiado superior para no apro-

vechar los consejos. Nadie mas pronto que él para seguirlos, pero, eso sí, sabe quien se los da, y juzga á la vez el hombre y el consejo.

La observación de M. Bonnet le pareció muy justa, y al punto tomando la pluma escribió con esa prodigiosa facilidad con que le ha dotado la naturaleza, este pasaje que debía pronunciar el presidente del tribunal supremo:

« Cuando el Estado está en peligro, cuando se ha turbado el orden público, se debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la insurrección, y no apoyarse en la insurrección para echar por tierra la justicia. »

Inmediatamente advirtió al jefe de claque que asistía al ensayo, y que iba anotando los puntos en que debía ordenar los aplausos á su gente.

— Tenga Vd. mucho cuidado con el pasaje que acabo de añadir, le dijo M. Scribe; se le recomienda á Vd. expresamente; cuanto mas efecto produzca mayor será la importancia que tomará el tribunal supremo. Hablará poco pero hablará bien.

La noche de la primera representación el triunfo iba en aumento; debía acabar por un loco entusiasmo. Pero en la escena del tribunal supremo hubo un incidente muy curioso: el actor que hacia de presidente, sea que se turbaba, sea que hubiese recibido demasiado tarde el corto discurso que habia de pronunciar para aprenderle de memoria, lo cierto es que le equivocó en estos términos:

« Cuando el Estado está en peligro, cuando se ha turbado el orden público, se debe pedir á las leyes un apoyo contra la justicia, y no apoyarse en las leyes para echar por tierra la justicia. »

El jefe de la claque dió la señal, y advertida así su gente resonaron aplausos estrepitosos, y como se oyeran entre los espectadores murmullos, los ahogaron con bravos frenéticos. M. Scribe furioso principió á reñir fuertemente despues de la representación al jefe de la claque, pero estaba tan embriagado con su merecido triunfo, y el coro de felicitaciones en su derredor era tan grande que hubo de cortar su reprimenda encargando mas cuidado para otro día al desgraciado jefe. En la segunda representación el presidente del tribunal recitó su discurso sin trabucarse, pero el jefe de la claque habia comprendido mal las reconvencciones de M. Scribe; no dió la señal y el pasaje, bien dicho esta vez, no obtuvo una miserable palmada, de suerte que el actor fué aplaudido por haber dicho un disparate, y tropezó con la crítica del silencio cuando merecía ser aplaudido.

Esta anécdota, publicada por el « Mensajero de los Teatros, » y ya de fecha antigua, pero que nos ha parecido oportuna despues del lance de Gueymard en el « Guillermo Tell, » nos ha robado la parte principal de este correo de la semana; sin embargo, aun nos quedará espacio suficiente para estas dos actualidades:

El capítulo de los advenedizos es inagotable; nunca estarán bien analizadas, ni aun á la simple vista, todas esas protuberancias ideales de grotesca importancia. — Uno de esos intrusos en el gran mundo elevado recientemente de una condición mas que inferior al rango de una opulencia bastante suntuosa por un capricho de la fortuna, se da en París todo el tono del noble mas engreído con su título. Aun sus aduladores (¿qué hombre enriquecido no los tiene?) no pueden ménos de reírse. Pero de todas las pretensiones de ese lujo inusitado, la que mas le ha trastornado la cabeza es la de ostentar sus lacayos y sus coches. Verse obedecido por criados con libreas llenas de galones, y poder exclamar cuando se le antoje: — « ¡Que enganchen, quiero salir! » es una de sus grandes vanidades.

Una noche de la semana última algunos amigos de fecha reciente estaban reunidos en su salon; concluida la tertulia, cuando llegó la hora de retirarse llovía á cántaros.

— ¿Qué importa la lluvia? dijo enfáticamente á uno de sus amigos, al que vivía mas lejos, y que era además uno de los íntimos; si quiere Vd. no mojarse, mandaré que pongan el coche.

— En verdad, contestó este, quizá no sin malicia, ya que es Vd. tan amable, francamente, haciendo este tiempo, acepto.

A esta respuesta inesperada, nuestro advenedizo, disimulando mal un gesto feo, toca la campanilla y manda poner el coche.

El amigo se reía en sus barbas.

Dos días despues de este lance, el hombre del coche encontró por casualidad á uno de los testigos de la escena y le dijo muy sencillamente:

— ¿Ha visto Vd. la desvergüenza de Fulano?

— ¿La otra noche no estaba Vd. presente cuando tomé mi carruaje para volverme á su casa?

— Pero me parece, si no me engaño, responde el amigo, que Vd. mismo se le ofreció.

— Claro está, repuso el advenedizo; son de esas cosas que se ofrecen, pero que no se aceptan.

El otro lance es relativo á M. Alejandro Dumas.

El famoso escritor pasa en París por la providencia de todo el que le necesita, y así es que acuden á su casa gentes de todas condiciones. La otra mañana un hombre vestido de negro y de aspecto compungido, entra en su cuarto y le dice:

— M. Dumas, soy un alguacil que acabo de tener la desgracia de perder á un amigo, tambien de igual estado, pero que ha muerto en la mayor miseria.

— ¿Y qué puedo hacer yo por él? pregunta el novelista.

— Contribuir para los gastos del entierro; faltan solo quince francos y, conociendo su buen corazón, vengo á pedirselos.

Dumas se levanta, corre á su secretario, saca unas monedas de plata y le dice:

— Ahí tiene Vd. treinta francos, puede Vd. enterrar dos alguaciles.

MARIANO URRABIETA.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOAQUIN VALLEJOS.

(Conclusion.)

» La revolución de la independencia alcanzó á convulsionar estas costumbres y este modo de estar de nuestro pueblo, no obstante su aislamiento del teatro de los sucesos y reformas. Ella introdujo cierta fermentación en la vida de inercia que se llevaba; y como en todo el territorio, los hombres vieron que se podía pensar y obrar, y pensaron y obraron en un círculo mas extenso, que aquel que hasta entonces tenían por descubierto.

» Seis establecimientos de beneficio de minerales de plata, con una maquinaria estrepitosa y cuantiosos capitales, amenazaron pulverizar y disolver todos los cerros del departamento. Parece ya una manía la planteación de estas importantes empresas: unas están en embrión, varias en proyecto. Y es verdaderamente pasmoso y muy lisonjero, que mientras mas máquinas hay para devorar metales, mayor número de cajones entran por la puerta de los establecimientos. La concurrencia ha venido á ser un admirable fomento de esta industria. Todo un intendente dirige en el día los negocios públicos del departamento.

» Una población numerosa se halla consagrada á todo género de industria, tanto en esta ciudad como en el resto del valle. Los progresos de la agricultura son verdaderamente increíbles, si se atiende á que cinco ó seis años ha, yacía en un triste abandono.

» El robo y la mendicidad son muy raros; porque el trabajo proporciona á las clases pobres una suficiente subsistencia. La propiedad se halla repartida: hay un sin número de pequeños capitales en activo ejercicio; y los especuladores del comercio mantienen el mercado en la abundancia. Todo es caro; pero nada falta.

» Los curas y los sacerdotes han renunciado á sostenerse en un principio que no puede existir sino fanatizando al pueblo y perpetuándole en la ignorancia. Hoy ya no son temidos, son amados; porque ellos aman á todos, porque favorecen al pobre, hacen dar al rico, abren escuelas, levantan templos y emprenden obras, en que el beneficio de la humanidad es el primer fin y objeto que se proponen.

» Ya no hay tarimas, ni escaños, ni taburetes. Muebles elegantes se han sustituido á esta colección de respetables mamarrachos. Los alfombrados de tripe, los sofás y las sillas de crin, el mármol y la caoba, los espejos y pianos cubren hoy las piezas de recibimiento, cuyas paredes tampoco admiten colgaduras de zaraza, sino bonitos empapelados.

En su serie de artículos sobre los *cangalleros*, Vallejos abunda en ocurrencias felices y en alusiones picantes. Los *cangalleros* forman un tipo particular en los países mineros. El verbo robar se traduce en lengua minera por *cangallar*, pero principalmente cuando se refiere á robo de metales concentrados; y á los ladrones de tales valores se les apellida *cangalleros*. Estos, por su destreza en tan honrada industria, tienen bastante semejanza con los *pick-pockets* de Inglaterra y de los Estados Unidos, con los *lazzaronis* de Nápoles, y con los *léperos* de Méjico. Copiarémos algunos retazos de los escritos en que JOTABECHE nos los da á conocer:

« Hablando francamente, no solo los hay para las minas ricas; el fisco los tiene, y muy honrados: todos se hacen un honor de *cangallar* sus rentas, y él se hace un deber de *cangallar* las de todo el mundo. La historia de un contrabando, es para morir de risa; y el contrabandista, si no es pillado, nunca corre otro riesgo sino el de pasar, en lo sucesivo, por hombre vivo y de talento, calidad que, sea dicho de paso, no siempre es una recomendación en el alto concepto de muchos necios. »

Despues de una enumeración de las diversas especies de *cangalleros*, el articulista viene á los de mejor ley — á los mineros. Dice así:

« El beneficio de una mina participa no sé cuánto del carácter de un casual hallazgo: no lleva en sí el respeto que las leyes y la tradición consagran al *tuyo* y *mío*: el vulgo cree instintivamente que porque el hombre no ha sudado la gota gorda para conseguirle; porque ha ganado esa fortuna jugando á las minas, que, hasta cierto punto, es lo mismo que jugar á los *chicharos*, hay un derecho á cobrarle ó quitarle el barato: y de aquí nace quizás el poco escrúpulo y hartó desearo con que se le disputa al minero el goce exclusivo de su descubrimiento. Al mas incorregible *cangallero* de metales, puede serle muy repugnante el robo de una talega de pesos; mientras que ni venialmente le parecerá que peca llevándose todo un alcance de triplicada importancia.

» La especie *cangallera* se divide en tres castas. El *cangallero ratero*, el *cangallero marchante*, y el *cangallero patron ó habilitador*.

Ahora se va á hablar solo de la primera.

« La primera es numerosa, y reina entre sus individuos el mismo espíritu de familia y de fraternidad que entre los gitanos. Tienen, como estos, un idioma suyo, un plan de señales telegráficas por cuyo medio se conocen, se tratan y se avisan, en un dos por tres, los peli-gros que hay al frente, el negocio que hay que hacer, ó el golpe que hay que dar. Gastan el uniforme de cotton

largo, cenidor y calzoncillos anchos y *algun otro arreo* (nos permitimos suprimir el nombre que le da el articulista) de parecidas dimensiones á los faldones de nuestros actuales fraques. Antes llevaban bonete de media luna, moño largo y *hojotas*; pero estas piezas siendo inútiles para el *oficio*, han caído en desuso: las otras siguen vistiéndolas porque son sus principales instrumentos. Quíteselos el cenidor y la *otra pieza parecida á los faldones de fraque*, los bolsillos de cotton y el mame-luco corto, y harán tanta *cangalla* como si les amarrasen las manos. Cualquiera de ellos que en este punto intentase introducir reformas, sería excomulgado del cuerpo, por relajado; se le perseguiría como atentador á los fueros y garantías de la comunidad, y solo la fuga pondría en salvo su maldecido bulto contra las zumbas, provocaciones y serios compromisos á que diariamente estaría expuesto.

» El *cangallero ratero* no hace un misterio de su oficio, sino cuando quiere averiguarlo la justicia. Por lo demás, no se empeña en ocultarlo á nadie: su patron ó su mayordomo pueden vigilar con toda la desconfianza insultante del que custodia á un presidiario, seguros de no ofenderle. Miétras mas obstáculos se oponen á su inevitable rapacidad, mas descargada queda su conciencia con el vencimiento: así la adquisición le parece mas legítima. El mayordomo dice en su interior al *cangallero*: — «Voy á que no me robas;» y este, que ve el afán del otro, responde: — «Pobre chorlito, en tu primera pestañada pierdes la apuesta.»

» Si por casualidad mas rara que un alcance en *veta de atraveso*, llega el ratero á ser sorprendido en el acto de hacer volar la piedra rica á alguno de sus abismales bolsillos, entónces se avergüenza y se aflige hasta dar lástima; pero no sufre así por haber sido pillado en un hurto, sino porque su poca destreza le hará merecer las zumbas de toda la órden. Si á consecuencia de su chambonada, es apaleado por el mayordomo, todos los cofrades aplauden la zorra, diciendo: *bien hecho por torpe*; como otros dirían: *bien hecho por ladrón ó por picaro*.

» Mucho tiempo ha de trascurrir, y hábiles maniobras ha de hacer el *cangallero* que ha caído en una desgracia de este género, para que vuelva á merecer las consideraciones de los demás. Un hombre poco diestro, es ruinoso y compromete los progresos de la industria en general, descubriendo algunos de los lances ú operaciones maestras é infalibles de su misteriosa táctica, y dando lugar á que los árgos prevengan el golpe, oponiéndole la correspondiente contra. El primer bobo que se dejó atisbar que envolvía una piedra en la manga del cotton, al tiempo de arremangársela, ha causado mas perjuicios á los intereses de esa gente, que todas las medidas tomadas contra ella por el reglamento de Chañareillo.

» Sus sesiones son públicas en las cocinas de las faenas; pero están reducidas á darse cuenta mutuamente de las maniobras mas recomendables por su resultado y limpieza, de los *marchantes* que van á llegar, de las minas en que hay beneficio *tapado*, de las otras en que sería favorable buscar concierto; y todo esto es hablado y discutido en gerigonza, y sazonado con chistes mas ó menos groseros, que promueven carcajadas salvajes. Estas reuniones son la escuela donde los neófitos se inician en el idioma, y á poco mas andar, en toda la inmoralidad del *cangallero*.

» Toda la casta es invenciblemente dada á la embriaguez, y mas que á la embriaguez, al juego: ántes renunciarían á la *cangalla* que á la práctica de estos vicios; y mucho ménos en Chañareillo, donde la policía le ha agregado el aliciente de obligar á jugar y beber en un secreto misterioso, que en sí vale todo un encanto. Primer gusto, emborracharse: segundo gusto, infringir una ordenanza necia; y tercer gusto, reirse del juez tan bobo como la ordenanza.

» El *cangallero ratero* tiene sus principios de moral á su manera. Solo la maña es reconocida por él como medio *legítimo* de apropiarse el metal ajeno: cualquier otro recurso es degradante, y no usado sino por la plebe de esta casta.

» Antes se dejará arrancar los dientes que el secreto de sus sociedades y cómplices: la delación es delito de infamia y de muerte.

» Si va á la cárcel por jugador ó por ebrio (ya es sabido que nadie va allí por *cangallero*), y si no tiene con qué pagar la multa, no hay cuidado: algun hermano le adelantará dinero hasta la próxima quiebra en la Descubridora ó Valenciana.»

Pasamos por alto, aunque con sentimiento, los artículos en que Vallejos pinta y critica las costumbres de los *cangalleros* de la alta sociedad—para venir al que lleva por título «EL LIBERAL DE JOTABECHE.» Antes de este hay uno consagrado á los *chismosos*, en el cual hay rasgos dignos de La Bruyère. Pero vengamos al LIBERAL, advirtiendo que esta picante producción fué publicada cuando JOTABECHE pertenecía á la amable cofradía del liberalismo. Por nuestra parte, no hacemos mas que copiarlos, pero declinando, como dicen los ingleses, toda responsabilidad. El negocio está entre liberales: ellos son blancos,—allá se las campanearán.

«De dos cosas puede alabarse cada uno sin misericordia; sin temor de ofender á Dios con una mentira, ni agraviar á la modestia, exponiéndose á pasar por bobo: en primer lugar de ser *honrado*; y en segundo, de ser *liberal*. Es entendido que nadie ha de ganar á nadie en estos dos puntos. *El que diga que es mas honrado que yo, miente*; tal es el reto que hace á cuantos encuentra cada hijo de vecino. *El que diga que es mas liberal que yo, remiente*; replica el ministerio á la oposición y la oposición al ministerio, á cada encontrón que se

dan por esos diarios y gacetas. De manera que la honradez y las ideas liberales son como las demás cosas que todos tenemos y de las cuales gozamos sin quitárselas á nadie: el aire, el viento, el vacío y otros bienes comunes á la honrada y liberal especie humana.

» En materia de honradez, si se ha de hablar de la que tenemos puesta en circulación, es punto delicado: las conveniencias sociales han declarado este negocio un misterio improfanable, un *sancta sanctorum*; porque la verdad sea dicha, peor sería meneallo. Está sí suficientemente averiguado, que todos tenemos muchísima, y que nunca dejaremos de tenerla, gracias á la estricta economía con que la usamos.

» Paso, pues, de prisa por este tema, como quien atraviesa un camino plagado de ladrones, ó una callejuela inmunda y pestilente; y póngome á discurrir sobre lo de *liberal*, seguro de no faltar á ningun debido respeto. Porque es mi ánimo dejar á todos, los ministros de Estado inclusive, tan liberales como quieran serlo.

» El liberalismo, si es una virtud, es una virtud de nuestros días; es el *voto* que hace furor en este siglo, como lo hizo el de tomar la cruz en tiempo de las cruzadas. En aquel entónces juraban los hombres degollar tureos, visitar los Santos Lugares, la tierra de los milagros. Hoy los liberales no nos proponemos fines tan cristianos, es verdad, pero mas humanitarios y socialistas, sí. Juramos atacar á los *pelucones*, (1) á esos tureos ceñidos y renegados que están en posesion de mil preciosas reliquias, las cuales si parasen en nuestro poder, redundarían en honra y gloria del *progreso*, que es la vida perdurable en la guerra santa que sostenemos.

» En aquellos tiempos, el mundo cristiano se conmovía y alborotaba cuando los papas ó sus legados predicaban una nueva cruzada, por diabólicamente mal que hubiese salido el cristianismo en la anterior campaña: en los tiempos de ahora, el mundo liberal se agita y conmueve cuando, en cada época electoral, algun Bernardo ó *L'Ermite* les muestra el estandarte de la Cruz del año 28, en que fueron crucificados los *pelucones*, para resucitar poco despues y dominarnos hasta la consumacion de los siglos, por lo visto.

» El liberalismo es una virtud que profesamos como los hermanos franciscos profesan la de mendicidad, miétras no alcanzan una guardiana ó el provincialato. Es un voto temporal que hacemos, á manera de esas *promesas* de los beatos por las cuales se obligan á vestir de jerga y sayal hasta obtener la sanidad de alguna dolencia. Por lo comun, la dolencia de que queremos sanar vistiendo de liberales, es el deseo de servir al país en un empleo, y otros dolames que, por pertenecer al linaje de las *enfermedades secretas*, tenemos rubor de confesarlas.

» El liberal y el empleado se excluyen uno á otro, como se excluyen las partes de una disyuntiva: son un véél sin medio. El empleo mata las ideas liberales como la uña mata la pulga, la trampa al raton, y el pecado mortal al alma.

» Y sin embargo, semejante á la mariposa que gira al rededor de la llama hasta morir en ella, el liberalismo revolotea cacareando al rededor del empleo hasta que cae en él y se consume.

» Es el empleo al liberal lo que el matrimonio al calavera: su reforma, su *asentar de juicio*, su muerte.

» La administracion pasada, que Dios mantenga con este nombre, creyó que callaría el liberalismo encerrándole, exportándole y torciéndole el pescuezo: imposible: los liberales casi se la comieron viva. La presente, (2) con mejor conocimiento del corazon liberal, que en nada se diferencia del corazon humano, siempre que á los principios se puso alguno á meterle ruido de importancia, le dió la mamadera, y asunto concluido, liberalismo acabado: los gritones liberales quedaron para miétras vivan (con empleo se entiende), enroldados entre los hombres de juicio, no oliendo ni hediendo sino á empleados.

» Es verdad que nuestra administracion, por mas conservadora que se diga, no ha conservado esta regla últimamente mas que para aplicarla en ciertos casos. A falta de *calladeras*, recurrió al viento fresco de las *extraordinarias*, que son capaces de conservar el órden, el ministerio y al mismo diablo entre nosotros.

» Las ideas liberales tan léjos están de ser ideas innatas, que vienen y se van de nuestras cabezas segun las épocas, lo mismo que las golondrinas emigran ó vuelven á los tejados, segun las estaciones. No habiendo elecciones, no hay para qué buscar ideas liberales; andan en la hacienda, en las minas; duermen por ahí como pica-flores en el invierno, ó quizá no están en ninguna parte. Pero apenas calienta el sol electoral; Dios nos proteja! las ideas, principios y fines liberales nos invaden en enjambre, por regiones y en una fermentacion infernalmente bullidora. Entónces cada cabeza liberal es un jardin en el aire, de bellos y patrióticos pensamientos. La libertad en todas sus advocaciones, los héroes de la independencia, la democracia, el progreso, la sangre de Chacabuco, las masas del *pueblo*; este *pueblo* víctima de la gendarmería, este *pueblo* que nada tiene que envidiar (en punto á honradez sobre todo) á los fundadores de la antigua Roma; la ilustracion y cuanto hay de grande, de eminente y de moda para la prosperidad de las sociedades; todo, todo se nos

mete en el cráneo; y hace el diablo con nosotros de las suyas. Hasta el clero y la religion católica-apostólica-romana tocan algo, y se pone con ellos á partir de un confite el liberalismo, no obstante la preopacucion de tenerlos por inalmalgables.

» El liberal es rigurosamente ortodoxo: adora á alguna imágen, idolatra en algun principio de carne y hueso. Un liberal sin su candidato es un ente de razon; no puede haberlo, como no puede haber portugués sin su San Anton, cuerpo sin alma, ni beata sin padre de espíritu. Bien es cierto tambien, que hay liberales que se tienen á sí mismos por candidatos; pero lo esencial es que desde un principio digamos: *yo soy don fulano, yo trabajo por don mengano, viva don Juan de los palotes*. Esto es lo que se llama reconocer bandera. Regularmente los candidatos de los liberales son algunos personajes que fueron santos milagrosos en un tiempo; que sufrieron el martirio en la administracion de los diez años; pero que en el día, mas bien son hombres para Plutarco que para nuestra época.

» No es indispensable que el liberal sea pobre: hay liberales ricos. Pero el pobre ha de ser liberal indefectiblemente; y de aquí viene nuestro descrédito; de aquí resulta tambien, que el partido no se acabará nunca, por desgracia. ¿Se arruina un comerciante? Se echa en nuestros brazos. ¿Arrojan á un empleado de su puesto por sospechas de que es un picaro? se hace un liberal *ipso facto*. ¿Le quitan los galones á un militar por mala cabeza? le tendremos de liberal frenético. ¿Hay un fraile corrompido? se declara capellan nuestro en el momento. ¿Tiene Vd. algun hijo calavera? nosotros tendremos un predicador de los derechos del hombre. En suma, nuestro partido es el *rendez-vous* de todos los desgraciados; es una coleccion completa de todo género de averías humanas.

» Felizmente, en esta última crisis electoral mucha gente se ha alistado entre los *hombres de órden*, razon por la cual ha sido tan numerosa en todas partes la sociedad de este nombre.

» El fuerte del liberal es la prensa: su pluma hace destrozos. Por lo comun abre la campaña desarrollando sus *principios* y teorías en largos y sempiternos artículos, los cuales no son leídos por los que los entienden, ni entendidos por los que nos hacemos un deber de deletrearlos. Esto empieza así un año ántes de las elecciones. Luego despues ataca el liberal directamente las arbitrariedades del ministerio, y la persona de algun ministro que está cometiendo la bárbara tiranía de sostenerse en su puesto jugando á todas malicias, ni mas ni ménos que lo haría el ministro mas liberal del mundo, si hay ministros liberales en el mundo.

» La lucha se encarniza con los escritores ministeriales sobre infraccion mas ó ménos del código fundamental, y sobre la influencia indebida que la autoridad ejerce en las elecciones. Pero hasta aquí la victoria no se decide por uno ni otro bando: ambos tienen razon, ambos la sostienen: porque así se lo está asegurando tarde y mañana á los dos la coqueta afición pública.

» Tal incertidumbre no conviene al ministerio; es preciso sacar al liberalismo de este campo y atraerle á otro, que le aproxime mas al convencimiento y á la cárcel. Al efecto, cualquier campeón ministerial toma la pluma y dice en el diario de mas crédito, que el *escritor fulano, anarquista de profesion, es un ladrón; que tal día robó en tal parte esto, aquello, y lo otro de mas allá*.

» ¡Adios, causa liberal! Ya con esto nuestro escritor pierde el rumbo, y no se contrae sino á la vindiccion de su nombre. Los *principios*, la libertad, el pueblo y la iglesia católica van á un rincon, para ocupar la prensa con las biografías del patriota del año de diez, y del hombre honrado á todas luces.

» Esta diversion ministerial trae las represalias, y hay la de Dios es Cristo. Publicanse vida y milagros de los escritores del gobierno, vida y milagros de los ministros, horrores y blasfemias contra la tiranía del poder. Aquí se los quería ver el ministerio.

» Es espantosa la licencia de la prensa.

— «Los *pelucones* se asustan. — La sociedad del órden se reúne. — El pueblo silba. — El diablo mete la pata; y la mañana ménos pensada amanecen los escritores liberales en la cárcel, cuyas puertas, en tales épocas se mantienen de par en par, como las del templo de Jano en tiempos de guerra y zafarrancho.

» Declarada la patria en peligro, viene el estado de sitio y se van los liberales á tomar aires marítimos y á publicar sus manifestos á otra parte. Estos escritos apesadumbran mucho á los señores ministros.

» ¡*Anda! ¡anda!* le dice el destino al Judío Errante. ¡*Escriban! ¡escriban!* les dice la causa liberal á sus campeones. Con lo cual cada día son mas estupendas nuestras derrotas, á Dios gracias.»

En Chile, segun arriba indicamos, Vallejos fué uno de los primeros que ensayaron el género de literatura á que pertenecen sus artículos. En la época de la independencia, algo dió á luz en este sentido D. Manuel Salas, como se puede ver en la obra intitulada «Espíritu de la prensa chilena, ó coleccion de artículos escogidos de la misma desde el principio de la revolucion hasta la época presente.» Tambien es recomendable por sus escritos de costumbres el modesto é inteligente señor D. Manuel Talavera. En una publicacion de Santiago bautizada con el nombre de «D. Pedancio» hay bellos rasgos de esa especie de literatura; no sabemos si su autor es el señor Talavera, ó el Sr. Mira.

Esperamos que JOTABECHE nos regalará el día ménos pensado con alguna nueva producción que confirme su

(1) Así llaman los liberales chilenos á los consejeros sus paisanos.

(2) Este artículo fué publicado en julio de 1846

ítulo de escritor de costumbres. El reposo absoluto sienta mal á quien como Vallejos puede servir útilmente á la república de las letras y á la sociedad en general.

Al ocuparnos por extenso en el exámen de las obras de los escritores neo-granadinos, tendrémos ocasion de trascribir algunas producciones dignas de la pluma de Cervantes. La literatura americana es rica y floreciente,

y sería de desear que una pluma ejercitada se ocupase en el análisis de tantos y tan bellos escritos como se han dado á luz en aquellos países. Mientras ese crítico no aparezca, nosotros, aun que careciendo de talentos y de luces, seguiremos la comenzada tarea.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1856.

Las fiestas de Alejandria

CELEBRADAS EN LOS DIAS 16, 17 Y 18 DE JULIO.

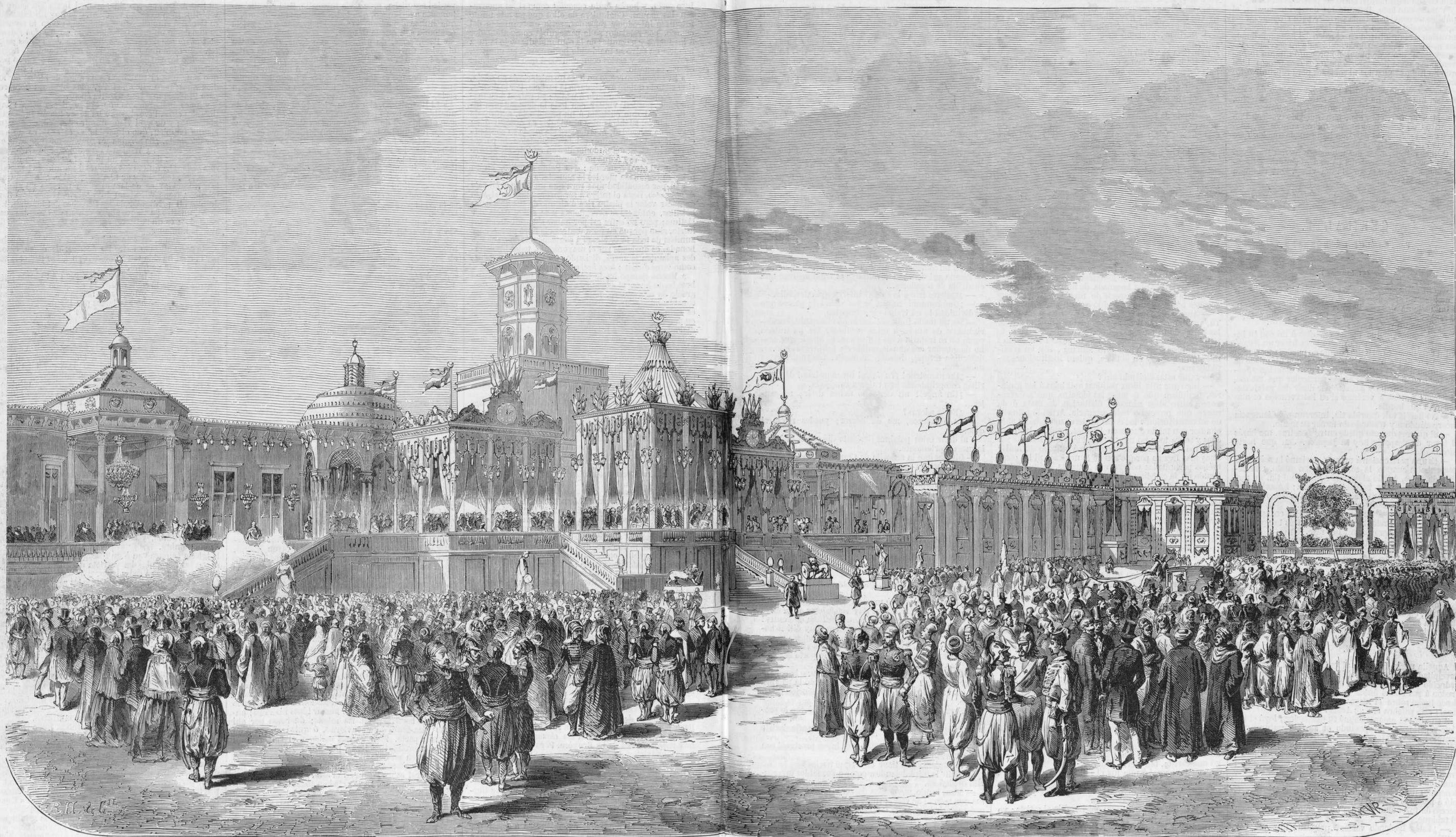
Las grandes fiestas que se habian anunciado tuvieron lugar efectivamente, lo mismo que se habian prometido; además de su brillo, presentaron moralmente un carácter muy notable, que quiero señalar; pero antes hé aquí el programa :

virey de Egipto. — S. A. recibe despues muchas composiciones poéticas, piezas de música, dibujos, etc., que le dedican artistas de todas las partes. — A las tres y media juegos en todas las partes del palacio, en el patio principal, en las galerías y en los jardines; representaciones en todos los teatros, ópera, teatro mecánico, panorama; cantos nacionales compuestos por Gardoni. En uno de los teatros se representa una nueva tragedia en

lengua griega; en otro una pieza de circunstancias que tiene por argumento el heroismo de los egipcios en Kalafat. — A las seis corridas en carros olímpicos. — A las ocho ópera que principia por el himno nacional egipcio del señor Siri. Despues el *Elizir d'Amore*, y el *Triunfo de Flora*, baile. — Juegos y diversiones de toda clase en el palacio durante la noche. — Despues fuegos artificiales, é iluminacion de todo el palacio.

El 17 de julio continuacion de las fiestas, juegos, iluminaciones, espectáculos, fuegos artificiales.

El 18 de julio continuacion de las fiestas y de los juegos. Los teatros dan cada uno tres funciones durante el dia. — Por la noche banquete de 680 cubiertos en el palacio. Iluminaciones. — Grande escena pirotécnica representando una erupcion del Vesubio y la ruina de Pompeya. Esta escena grandiosa está animada por mas



Fiesta celebrada en los dias 16, 17 y 18 de julio de 1856 en el palacio de Gabarri, en Alejandria (Egipto).

El 16 de julio al amanecer una salva de 101 cañonazos anuncia el principio de las fiestas. — A las 7 concierto militar por 200 músicos. — A las 8 recepcion de los ulemas y de los jefes de todos los cultos. — Recepcion

del cuerpo consular. El virey se hallaba rodeado de todos los miembros de su familia, Achmet-bajá, el heredero presuntivo, Ismail-bajá, Mustafá-bey, Halim-bajá y el Hami-bajá. — Recepcion de las autoridades, funcio-

narios, oficiales superiores del ejército. — Una comision de la colonia europea presenta á S. A. el virey una medalla conmemorativa de su advenimiento con esta inscripcion: La Colonia europea á S. A. Mahommed Saïd,

de 4,000 figurantes, con trajes de la época, ricos y variados. — Opera y baile, fuegos artificiales y de Bengala. Tales fueron las fiestas, y por este programa reducido se puede ver que la industria europea penetra allí

con todos sus refinamientos. Pero hé aquí ahora el carácter moral que debe llamar la atencion de todas las personas de juicio. El virey rodeado de toda su familia que trató de la manera mas afectuosa hizo los honores

de la fiesta; y en esa inmensa muchedumbre el buen orden no se turbó un solo instante. En un estrecho espacio, el recinto del palacio de Gabarri, se vieron concurridos turcos, europeos y egipcios durante tres dias.

Las mujeres europeas circulaban por todas partes en medio del muchedumbre de convidados y aun en medio del pueblo, sin que se notara el menor insulto ni el menor desorden; es un progreso inmenso y una mejora inaudita si se recuerda el estado de las cosas en Egipto hace veinticinco años. Entonces las damas no podían asistir á ninguna de estas fiestas; hoy todas esas preocupaciones han desaparecido de la multitud como han cesado hace tiempo entre las personas elevadas.

Y no es esto todo. Durante los dos primeros días, el público no convidado tenía permiso para circular en los aposentos del palacio y en los jardines particulares. La invasión de la multitud en el salón del banquete donde las mesas se hallaban guarnecidas de los servicios mas preciosos de oro y de plata, no presentó ningún inconveniente; nada desapareció de todos esos tesoros bien que no hubiese guardas ni soldados para reprimir á los ladrones.

El comercio de Alejandría no se ha quejado de estas fiestas, ántes bien ha sacado de ellas mucho provecho. Todas las tiendas de telas, de muebles, de adornos de toda clase, arañas, etc., etc., han quedado vacías. Una multitud de obreros europeos fueron empleados, además de las gentes del país que han ganado mucho. Todo se pagó generosamente al contado.

Quince mil personas cuando ménos fueron transportadas por el ferrocarril del Cairo á Alejandría y llevadas luego á sus casas á costa del virey. Esto se llama hacer bien las cosas.

GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

— Sin embargo, no puedo confesarle que Gerifalte me ama hace un año, dijo para sí Clemencia.

Un instante despues llegó la señorita de Corandeuil, se sentó en un sillón delante de la cama, y dijo á la jóven en tono un poco agrio:

— Ya conocerás que no me engañas á mí con tu indisposición; veo claramente que quieres hacer un feo papel al caballero de Gerifalte porque no puedes soportar su presencia. Sin embargo, me parece que un aliado de tu familia debería encontrar en tí mas atenciones, sobre todo cuando sabes el afecto particular que me merece. Eso es ridículo y acabaré por decir dos palabritas al baron; entonces veremos si su intervencion es mas poderosa que la mia.

— No haréis tal, querida tia, interrumpió Clemencia incorporándose y tratando de tomar su mano.

— Si quieres que eso quede entre nosotras, me harás el favor de despedir hoy tu jaqueca. Con que hasta luego.

— Es una persecucion á muerte, exclamó la señora de Bergenheim cuando la solterona hubo salido. ¿Ha hechizado, pues, á todo el mundo? Alina, mi tia, mi marido... seguramente perderé la cabeza; imposible me parece no tener calentura. Acabemos, sea como quiera.

Y llamó fuertemente con la campanilla.

— Justina, dijo á su doncella, no dejes entrar á nadie bajo ningún pretexto, y tú no entrarás tampoco sin que te llame; quiero dormir un rato.

Justina obedeció despues de haber cerrado las ventanas. Enseguida Clemencia se levantó, se puso una bata y sus babuchas con una celeridad que parecia un ímpetu de ira, se sentó á su mesa y se puso á escribir rápidamente; la última palabra de la última línea terminaba en un ancho rasgo horizontal tan enérgicamente trazado como la rúbrica napoleónica.

Quando un jóven que, como es costumbre, principia por el fin, encuentra un arabesco de esa naturaleza en el fin de la carta de una mujer, debe armarse de paciencia y de resignacion ántes de leer su contenido.

X.

Aquella noche Gerifalte al entrar en su cuarto sacó precipitadamente de un bolsillo de su chaleco un papel reducido á una dimension microscópica y le llevó con pasion á sus labios ántes de abrirle; sus ojos cayeron desde luego sobre el rasgo amenazante de la palabra final; esta palabra era: ¡Adios!

A su vista el amante calmó su exaltacion; leyó el billete repetidas veces, pesando el sentido natural y el sentido rústico de las menores expresiones como un rabino que comenta la Biblia, y descifró las palabras horradas con la paciencia de un devorador de geroglíficos, á fin de arrancar á aquellos borrones misteriosos algun fragmento de la idea que encubrian. Despues de haber analizado y disecado así aquel lindo billete en sus intenciones mas sutiles, le estrujó en su mano y principió á pasearse agitado por el cuarto. En medio de este acceso de furor amoroso, dos ó tres golpes resonaron en el tabique.

— ¿Estás haciendo versos? preguntó una voz; soy contigo.

Y un momento despues Marillac con babuchas, un pañuelo en la cabeza, la pipa en una mano y el candelero en la otra, se presentó en el umbral de la puerta, donde se paró en una actitud admirativa.

— ¡Qué hermoso estás! exclamó; tienes un aire magnífico, fatal, maldito. Me recuerdas á Kean en *Otelo*.

Gerifalte le miró sin responderle, frunciendo las cejas.

— Apuesto á que es la última escena de nuestro tercer acto, prosiguió el artista, dejando su candelero sobre la chimenea; parece que será trágico de lo lindo. Pero me ocurre una idea; estoy en vena y si quieres vamos á ponernos á devorar papel... ¿Tienes campanilla?... Sí; voy á decir que nos traigan café bien fuerte... Pero no; mejor será que baje yo mismo á la cocina; estoy en buenas relaciones con Juliana, y además, en casa de Bergenheim hay libertad para todo. El café es mi musa predilecta; en esto me parezco á Voltaire...

— Marillac, exclamó su amigo al verle próximo á salir.

El artista se volvió dócilmente.

— Me harás el favor de marcharte á tu cuarto; trabaja ó acuéstate, como quieras, aunque á decir verdad, mejor harías en dormirte: quiero estar solo.

— ¡Diablo! Me dices eso con un tono como si meditaras algun atentado sobre tu ilustre persona. ¿Estamos de suicidio?

— Déjate de bromas, respondió Octavio seriamente, y ya que no puedo desembarazarme de tu persona, oye esta advertencia: si crees que te he traído para conducirte como te conduces te engañas.

— ¿Qué he hecho pues?

— Me dejas toda la mañana con ese cargante de Bergenheim que me ha hecho contar todos los árboles de sus posesiones; y esta noche cuando la vieja propuso su whist infernal al que parece me hallo condenado, te disculpaste bajo pretexto de ignorancia, y sin embargo, juegas tanto como yo, por lo ménos.

— Sí, pero no puedo soportar el whist á un franco.

— ¿Y me gusta á mí?

— ¡Qué diablo! Tú tienes un interés muy directo en tragar todos los perances del oficio.

— Pero en fin, ¿qué has hecho en todo el día?

Marillac se colocó delante del espejo, dió una fisonomía mas pintoresca á la postura de su pañuelo, atusó sus bigotes, dejó exhalar lentamente por una extremidad de los labios una bocanada de humo que le envolvió la cara como una especie de niebla, y volviéndose despues hácia su amigo le dijo con un aire satisfecho:

— Amigo mio, cada cual para sí y Dios para todos. Tú, verbigracia, te dedicas á las pasiones de alto rango; las perlas de tu baronesa, que es condesa tambien, te han trastornado el juicio, en fin, te gustan los amores aristocráticos; yo tengo otro sistema, soy en sentimiento lo que soy en política, quiero instituciones republicanas.

— ¿Qué estás diciendo ahí?

— Digo que mis ideas políticas aplicadas á las mujeres, significan que á todas las idolatro, que no reconozco entre ellas ninguna distincion de casta ó de rango, que proscribo toda categoria. Artículo primero de mi constitucion: todas las mujeres son iguales ante el amor con tal de que sean jóvenes, bonitas, bien hechas y sobre todo no muy flacas. Fiel á este sistema admiro todas las flores que encuentro á mi paso sin hallar unas mas frescas porque son de la nobleza, ni las otras ménos perfumadas porque son villanas. Así pues, entrando en la cuestion y ya que tengo que darte cuenta de mis acciones, te diré que ántes de comer he ido á dibujar algunos árboles del parque que me han parecido sobresalientes; luego he comido y bien, debemos hacer justicia al baron en este punto, y por último, mandé disponer un caballo, y de una carrera me fui á la Falconer a donde presenté mis respetos á la señorita Reina Gobillot. Mis cuentas están dadas.

— ¡Qué gusto!

— No te burles, amigo mio, cada cual tiene los suyos; yo soy partícipe de tu afición á las princesas que le hacen á uno correr cien leguas por seguir las sin permitirle siquiera que dé un beso á sus guantes, no me acomodan esas aventuras.

Yo soy sargento...

— ¿Quieres callarte? Nadie está por mí en esta casa, si no es la respetable dueña del piso bajo, y si oye ruido sobre su cabeza serémos mañana enemigos mortales.

Zitto, zitto, piano, piano,
Senza strepito e rumore,

repuso Marillac poniéndose un dedo en la boca y una sordina en la voz. Eso que dices me sorprende. Al verte cómo dabas el brazo á la señora de Bergenheim para llevarla al salon despues de la cena habria creído que estabais en las mejores relaciones. Cuando me volví en la escalera, pues tuve la paciencia de ofrecer la mano á la vieja, — ¡y dices que no te sirvo de nada! — me pareció distinguir cierto movimiento de dedos. — *Ah buolanana*. — Sabes que tengo ojo de águila. Te entregó una cartita, tan cierto como me llamó Marillac.

Gerifalte acercó á una luz el billete arrugado que tenía en su puño; el papel se encendió y en un segundo solo quedaron de él algunas pavesas negras que cayeron en polvo sobre la chimenea.

— ¡Le has quemado! mal hecho, dijo el artista; yo lo guardo todo, cartas y cabellos. Cuando sea viejo haré encuadernar las cartas para leer por las noches y mandaré tejer con los cabellos un cuadro alegórico que colgaré delante de mi bufete á fin de tener siempre á la vista el recuerdo de los seres adorados á quienes le deba. Y te respondo que los habrá de todos colores desde aquellos tan rubios de Camila Hautier, mi primer amor, hasta los presentes.

Y al decir esto sacó del bolsillo un papel y de este

una larga trenza de cabellos negros como el carbon, que dejó colgar de sus dedos.

— ¿Has arrancado esas crines á Titania? preguntó Gerifalte dejando deslizar por su mano los cabellos mas brillantes que sedosos que ultrajaba con esa suposicion irónica.

— Convengo en que podrian ser mas suaves, respondió Marillac estrujando el bucle sometido á esa critica terrible, pero confesemos que el color es soberbio y que la cantidad compensa la calidad. Esa pobre Reina me ha dado aquí para hacer un pendon; ¡sencillez de aldeana! No siegan así su rodete las parisienses. He conocido una mujer que nunca queria dar á un adorador mas de siete de sus cabellos; es verdad que habia escasez en su cabeza. ¿Eres tú como yo, Octavio? La primera cosa que pido es uno de estos bucles. En general las mujeres son aficionadas á estas niñerías, y una trenza de pelo es un lazo que se las echa para ahogarlas.

Y para unir la demostracion á la palabra y explicar cómo lanzaba su nudo corredizo al bello sexo, Marillac tomó con ambas manos la larga trenza negra y la hizo pasar sobre la luz, pero tan mal calculado fué su movimiento que los cabellos se inflamaron y en un instante ardieron como los de Berenice.

— ¡Mala señal! exclamó Gerifalte que no pudo ménos de reír al ver el aire de asombro de su amigo.

— Es noche de hogueras, dijo el artista dejándose caer en un sillón; pero en fin, esto no vale nada; si Reina desea verlos la diré que me los he comido á fuerza de besarlos. Será una bonita lisonja que no pedrá ménos de agradar á la rosa campestre. — Sí, á fé mia, tiene unas mejillas como dos rosas. Al volver de la posada venia pensando en una comedia que tengo deseos de escribir sobre el asunto. Unicamente pondré la escena en Suiza, porque la Suiza es mas teatral que los Vosges, y llamaré á la heroína Betty ó Kettly, en vez de Reina, es mas característico. ¿Quieres trabajar tambien en mi comedia? El argumento está pensado; verás: — Escena primera: al levantarse el telon aparece una cuadrilla de segadores...

— ¿Quieres irte á la cama? interrumpió Gerifalte.

— ¡Qué humor! nunca te he visto así; parece que tu divinidad te ha tratado cruelmente.

— De un modo indigno, exclamó el amante, encolorizándose de nuevo á estas palabras; me ha tratado como no se trataria á un peluquero. El billete que acaba de quemar era una despedida en toda regla, esto es, despedida formal, ingrata, insolente. Esa mujer es un monstruo.

— ¡Un monstruo! ¡Tu ángel un monstruo! dijo Marillac comprimiendo una ruidosa carcajada.

— ¡Un ángel! un demonio debes decir; esa mujer...

— ¿No la adoras?

— La aborrezco, me da horror; puedes reírte si quieres.

Y al decir estas palabras Gerifalte dió con el puño en la mesa fuertemente.

— Olyvidas que la señorita de Corandeuil está debajo, observó el artista con ironía.

— Oyeme, Marillac; tu sistema en cuanto á mujeres es vulgar, trivial, grosero; tu galantería es soldadesca, y sin embargo, tienes razon una y mil veces, y comparado conmigo eres uno de los siete sabios de la Grecia.

— Mucha honra es para mí; ¿de modo que no te aman?

— ¡Ojalá fuera así, pues si no me amaban hoy tendria esperanzas para mañana. Pero te engañas, y esto me desespera. Temo únicamente que la falte corazón; creo que me ama cuanto puede; su desgracia está en que para mí no es bastante.

— Me parece, en efecto, que hasta ahora no se muestra loca por tí.

— ¡Loca! ¿Conoces tú muchas mujeres locas? Hablas como un colegial fanfarron. Hay vencedores de tu clase que todo lo encuentran facilísimo; ¡lástima de gentes! Por mi parte siempre he visto que era muy difícil hacerse amar. La hipocresía está á la moda en las mujeres de un rango elevado, ellas llaman eso virtud, y yo lo llamo servidumbre social; pero ¿qué importa el nombre si es uno el resultado?

— Pero en fin, ¿estás seguro de que te ame la señora de Bergenheim? repuso Marillac recalando la palabra *ame* con una insistencia que llamó la atencion de su amigo.

— Segurísimo, respondió este; ¿porqué me lo preguntas?

— Porque ya que estás encolerizado desearia decirte una cosa.

Marillac vaciló un instante, pero luego prosiguió con aire determinado:

— Si supieras que tiene otro ¿qué harías?

Gerifalte le miró dejando asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa.

— Mira, le dijo, me acabas de ver enfurecido, y piensas que todo es de veras; ¡pobre muchacho! ¿Sabes que quiere decir lo que me has oído? Es que conociendo mi temperamento sentia la urgencia de rabiarse un poco para descargar el peso de mi corazón. Si no hubiera empleado ese remedio infalible el disgusto que me ha proporcionado su billete me habria hecho pasar una noche endiablada, no habria dormido, y debo decirte que cuando no duermo me levanto pálido, descuajado y con ojeras.

— ¡Fatuo!

— Necio.

— ¿Necio me llamas?

— ¿Y tú me tomas por un niño? ¿No adivinas que quiero dormir para no presentarme al otro día delante de ella con una cara de enfermo? Solo faltaría esto para animarla en su ferocidad. Al contrario, me guardaré muy bien de darle a conocer que me ha producido una mala impresión su pérfido billete. Te alquilara mañana por cien francos tu rostro á la Teniers.

— Gracias, no soy una careta. Además, todo lo que dices no prueba que ella te ame, insisto en esto.

— Querido amigo, sin duda en medio de mi furor he dicho cosas que dan margen á que la juzgues sin acierto. Ahora que estoy tranquilo y que mi remedio ha vuelto mi sistema nervioso á su estado normal, voy á explicarte mi posición verdadera.

— Veamos.

— Es mi Galatea. — La alegoría es antigua, pero en fin, antigua ó no es mi historia. Todavía no he roto enteramente el mármol de mi estatua, cuyas carnes cubren la virtud, la educación, el deber, las preocupaciones, lo que quieras, pero llega ese instante, y su resistencia desesperada hoy es la mejor prueba de mi progreso. De no á sí hay un paso terrible para una mujer, concibe que se detenga, pues á menudo ese paso abre un abismo, y si de léjos causa risa el abismo, espanta de cerca. — Mi Galatea principia á sentir en la superficie del corazón los golpes de mi martillo y tiene miedo. — Sí, miedo de la gente, de mí, de su marido, de sí misma, miedo del cielo y del infierno... ¿No adoras á las mujeres que tienen miedo de todo? ¿Ella amar á otro! Jamás... Está escrito que su corazón será mío... ¿Qué querías decirme?

— Nada si estás tan seguro.

— Lo estoy, sí; pero quiero saber lo que piensas.

— No te lo diré esta noche; es una sospecha que me vino, una cosa que me han dicho hoy, una conjetura tan vaga todavía que sería una necedad pararse en ella.

— No sé adivinar enigmas, dijo Octavio con un tono seco.

— En fin hablaremos mañana.

— Como quieras, repuso el amante con una indiferencia afectada quizás.

— Mañana aclararé el asunto, y sea cual fuere el resultado te prometo decirte la verdad; no será mas que un cuento de mujeres.

— Muy bien. También me harás otro favor mañana. Pienso ver si decido á las señoras á dar un paseo por el parque. La señorita de Corandeuil no vendrá probablemente, de modo que tomarás por tu cuenta al baron con la hermanita á fin de facilitarme un instante de conversación con la cruel, pues ha tenido valor para decirme que de ningún modo lograría verla sola, y yo quiero hablarla.

— No hay mas que un inconveniente, y es que mañana esperan aquí veinte personas á comer, y que ella no podrá disponer de un momento.

— ¡Y es verdad! exclamó Gerifalte levantándose con tanta presteza que echó al suelo su silla.

— Otra vez olvidas que la señorita de Corandeuil está debajo.

— El diablo lo quiere así, repuso el amante paseándose sin hacer caso de la observación de su amigo. Vamos la suerte está por ella. Hoy y mañana gana la batalla, veremos al otro.

— Buenas noches, general, exclamó Marillac levantándose y tomando el candelero.

— Buenas noches. Te figuras que me han alarmado tus palabras misteriosas y tus reticencias de melodrama.

— ¡Hasta mañana, hasta mañana! respondió el artista saliendo del aposento de Gerifalte.

XI.

Al siguiente día ántes de que los principales habitantes del palacio hubieran pensado en levantarse, ó cuando menos en salir de su cuarto, un hombre á caballo salía solo por una puerta del corral de las cuadras, que daba al parque. Este hombre iba envuelto hasta la barba en un inmenso leviton de viaje guarnecido de pieles, vestido un poco prematuro en aquella estación, pero que no era inoportuno si se atiende al airecillo frío que en aquel instante reinaba.

Después de haber dado vuelta al palacio por la arboleda circular, atravesó la alameda y el puente y tomó enseguida á la izquierda el camino de la Halconería. Todo el camino marchó al paso y moderando el ardor de su alazan del Yorkshire que por el modo firme y elástico con que alzaba las patas al andar, protestaba contra la lentitud que le imponían. Parecía pues, que el encanto de un paseo solitario fuese el único objeto de aquella salida matutina y que ningún interés urgente llevase al jinete por aquellos sitios. Pero cuando llegó al bosquecillo á cuyo fin distinguió por la vez primera Gerifalte el palacio de Bergenheim, y que al volverse notó que habían desaparecido las altas veletas de las torrecillas de las márgenes del agua, metió espuela al caballo. El generoso insular no esperó á que le repitiesen la invitación y escapó con brio. Por espacio de tres cuartos de legua fué galopando de esa suerte, á pesar de las desigualdades de un camino que como ya hemos dicho, seguía una línea casi recta en medio de un terreno tortuoso.

Difícil habría sido decidir qué se debía admirar mas si las piernas del caballo ó los pulmones del jinete; pues este, durante ese rápido trayecto, ejecutó sin tomar aliento, digámoslo así, toda la sinfonia de Guillermo Tell. Confesaremos que el falsete del andante, tenía

mas analogía con el sonido de un flautín de palo que con el oboe; pero en cambio, cuando llegó al presto, su voz de bajo un tanto formidable, resonó tan enérgicamente, en los oídos del caballo, que este redobló su vigor, como si esa melopea hubiese producido sobre sus nervios auditivos el efecto de la trompeta que toca la carga un día de combate.

El paseante á quien sin duda conoce ya el lector por esa proeza musical, terminó su concierto deteniéndose á la entrada de una de las lenguas del bosque que bajaban hasta el río y rompían aquí y allá la uniformidad de las praderas. Era la última que tenía que atravesar ántes de salir del valle y de allí á la Halconería no había mas que unos diez minutos de camino.

Desde lo alto de su silla, tendiendo la vista en esa dirección podía distinguir ya el humo de las casas de la aldea, cuyas columnas ondeantes se elevaban en medio de la niebla de la mañana destacándose sobre su color blanquecino por un matiz de un gris azulado. Esto no pareció inspirarle ningún deseo de proseguir su excursión por ese lado. Después de haber mirado un rato en su derredor para reconocer el terreno, dejó el camino, se metió á la derecha por en medio de los árboles y se detuvo por fin al pié de uno de ellos que se encontraba aislado en el centro de una plazuela.

Era uno de esos árboles marmíficos, que son los decanos de los bosques, como se ven á menudo en los paisajes de Salvaor, un haya venerable y colosal, cuyo tronco enteramente seco hasta unos treinta piés de la tierra se elevaba parecido á un esqueleto de palo, en medio de la verdura amarillenta de que le rodeaban las ramas colaterales que estaban vivas todavía. En la base se hallaba el tronco tan carcomido por el tiempo que una grieta ensanchada gradualmente por el crecimiento de cada año, se mostraba enteramente vacía. El corazón del árbol atacado de una carcoma lenta, pero continua había concluido por caer en polvo, quedando apenas algunas capas del alborno por donde la savia podía aun subir á la copa y alimentarle, y la corteza entreabierto formaba por su cavidad un nicho donde una persona podía estar de pié cómodamente.

Cerca de este árbol corría un delgado arroyuelo que naciendo á poca distancia bajaba despacio al arroyo, abriéndose un cauce estrecho en la tierra arcillosa que regaba. Tal era la modestia de su curso que á pocas toesas de allí un color de un verde mas fresco y una yerba mas alta eran los únicos indicios que anunciaban su presencia. Era aquel uno de esos lugares clásicos para las citas desde que en el mundo hay bosques, arroyuelos y amantes, uno de esos sitios que forman parte esencial de una decoración de ópera, y tienen un papel tan importante en una escena campestre como un sofá en una escena de salon. Nada faltaba allí, ni la sombra protectora, ni el suave murmullo de la onda, ni los pájaros cantando en la enramada, ni el paisaje pintoresco al rededor ni el blando césped por alfombra.

Después de haberse apeado de su alazan y de haberle atado á una de las ramas del haya conformándose al uso inmemorial de los enamorados, el jinete pegó dos ó tres patadas en el suelo porque tenía dormidas las piernas, y enseguida sacó de su bolsillo un bonito reloj de Breguet: — Las ocho y diez, exclamó; he llegado tarde y no obstante soy el primero; parece que los relojes de la Halconería no andan muy exactos.

El artista se puso á cantar, pero por mas que quiso despertar los ecos con una voz sonante, nadie le respondió. Preciso era esperar. Para matar el tiempo principió á decapitar los cardos que se hallaban en su derredor á fuertes latigazos, y cuando se cansó de este pasatiempo apeló á otro que probaba que si la beldad que estaba esperando no tenía por primera virtud la exactitud, en cambio no era una de esas señoritas perfumadas siempre á punto de desmayarse y que una delicadeza de nervios mas ó ménos legítima hacen que miren con intolerancia los defectos de sus amantes. Metiendo pues la mano en uno de los anchos bolsillos de su levita, sacó una petaca bien provista de habanos, encendió un fósforo y en este su cigarro, y principió á fumar continuando su paseo. Pero al cabo de algunos instantes este paleativo se hallaba gastado como el primero.

— ¡Las ocho y veinticinco! exclamó bruscamente Marillac entre dos bocanadas, y mirando el reloj por segunda vez: quisiera saber si se burla de mí la jovencita. ¡Y para esto he venido corriendo como un desafiado con el viento que sopla! ¡Ah! las mujeres se hacen desear; pero pronto la veré venir alegre y gloriosa, como si hubiera hecho la cosa mas bella del mundo. Bueno es por una vez, *prima transit*; pero cuidado con otra, no sabe ella que hombre tiene aquí. — ¡Las ocho y media! Si dentro de cinco minutos no está aquí, voy yo á la Halconería y armo una de todos los demonios. A latigazos acaba hoy toda la porcelana de la *Mujer sin Cabeza*:

Crudele, perche finora
Far mi languir così?

Pero ¿qué podría hacer para matar el tiempo? Voy á trabajar un poco en la escena sexta de nuestro segundo acto. — Escena VI. Valory, Gustavo, la señora de Castellon. — Los dos rivales se han desafiado. — La señora que no sabe los ve en su salon: — Coquetaría de su parte; furor concentrado de Gustavo el amante verdadero; indiferencia irónica de Valory, el amante pérfido. — Hé aquí pues la escena: — Principiar en la entrada de la señora de Castellon para llegar al momento en que Gustavo sin poder resistir mas exclama: — ¡Señora, el ó yo! y en que ella responde: — *Ni uno ni otro*. Respuesta noble y hermosa, sencilla y tierna como

la del viejo militar, respuesta magnífica; cortar aquí la escena. — Se necesita ir por grados ántes de llegar á la explosión. — Pero ántes de que se olvide, apuntemos.

Y metiendo de nuevo la mano en el bolsillo de su levita Marillac sacó esta vez una cartera que servia al mismo tiempo de álbum, y cuyas páginas color de hoja seca se hallaban cubiertas alternativamente de dibujos, apuntes, caricaturas de toda clase y hasta inspiraciones musicales; un baturrillo artístico encuadrado en taflete verde. De la cartera sacó un lapicero guarnecido de plata que afiló con un puñal corso de hoja muy ancha, que había tomado sin duda para dar á su cita un carácter novelesco. Una vez que el lápiz estaba puntiagudo como una aguja, metió el acero en la vaina, se sentó al pié del árbol, y escribió con una hermosa letra gallarda en una de las hojas de la cartera: — Escena VI. — La señora de Castellon, Gustavo, Valory. — Después apoyó sus codos sobre sus rodillas, su frente en sus manos y se entregó al laborioso trabajo de la concepción dramática.

Al cabo de un rato alzó la cabeza, contempló alternativamente el cielo de un azul pálido y sembrado de nubes blancas, los árboles agrupados pintorescamente en la pradera, un poco de niebla que corría en la superficie del río y á pocos pasos el caballo cuya respiración y sudor formaban también un vapor transparente exhalándose al aire frío de la mañana. Después de haber pedido así inspiraciones al cielo y á la tierra, á la naturaleza viva y á la naturaleza muerta, acercó en fin el lápiz al papel. Siete cabezas en forma de pera, con peluca y patillas nacieron sucesivamente bajo sus dedos, sin saber siquiera lo que hacia; al dibujar ese tipo satírico tan repetido por los caricaturistas de aquel tiempo, obedecía maquinalmente á la ley que aísla los sentidos de la voluntad y les da una especie de inteligencia material aparte cuantas veces el espíritu carece de fuerza para sujetarlos á su acción.

— ¡Es increíble! exclamó Marillac borrando con rabia las cabezas; no se me ocurre nada. Pero yo soy como madama de Stael; necesito la primera palabra; si no me la dan, no hay imaginación que valga; podría permanecer aquí hasta el juicio final ántes de hallar este principio malhadado. — ¿Qué diablos puede decir esa mujer á su entrada en escena? — *Buenos días, señores*. — ¿Y después? — Entrada natural: *Buenos días, señores*; pero á esto sigue necesariamente: *Señores, á los piés de V...* — Esto marcha bien; ¡prodigiosamente dramático! — Si el tal Gerifalte no se hallase entontecido con su pasión, podría hacer marchar esto; pues eso sí, hay que hacerle justicia, el mismo cuidado le da la primera palabra que la última. ¿Pero acaso se puede obtener de él una palabra razonable? Ese amor quijotesco parece mentira... pero ¿qué es esto?...

Y levantó vivamente la cabeza sintiéndose inundado de repente de una lluvia de tierra menuda. Este movimiento le fué fatal porque sus ojos recibieron una parte de la libación destinada á su cabellera. Hubo de cerrarlos, pues, con una escozor bastante desagradable, aunque no sin haber visto ya el rostro de la joven Reina Gobillot fresco y repleto como el de un querubín y extraordinariamente engalanada con un vestido de guingá de cuadros verdes y color de lila que hacia resaltar los encantos de su busto; al brazo llevaba un cestillo.

— ¿Qué significa esto? exclamó Marillac frotándose los ojos; hace una hora que estoy esperando, y me saludais cegándome; si sois una golondrina, habeis de saber que yo soy Tobías.

— ¡Cómo me habláis por un poco de arena! respondió Reina poniéndose encarnada, y arrojó al suelo la tierra que la quedaba en la mano.

— Pero si me pica como el demonio, repuso el artista con un tono mas suave, pues comprendió que su ira era ridícula.

Y pasando familiarmente su brazo al talle de la joven la obligó, medio de voluntad medio por fuerza, á que se sentara á su lado.

— La yerba está húmeda y mancharé mi vestido, dijo por última resistencia.

Al punto el amante recobrando súbitamente la urbanidad y las atenciones que su estado requiere, extendió un pañuelo sobre la yerba á guisa de alfombra.

— Y ahora, mi querida Reina, la dijo, me vais á explicar por qué habeis venido tan tarde. ¿Sabeis que hace una hora me estoy arrancando los cabellos de desesperación?

— Felizmente el polvo los hará renacer, contestó la joven mirando maliciosamente á Marillac, cuya cabeza se hallaba en efecto empolvada como si hubieran deramado una caja de rapé encima de ella.

— ¡Pícara! exclamó riendo aunque sus ojos le daban una expresión llorosa; y quiso darle un beso en castigo, segun el principio de las represalias ménos odiosas en amor que en la guerra.

— Quieto, quieto, caballero, ya sabeis lo que me habeis prometido.

— Os he prometido amaros siempre, criatura seductora, dijo con la voz de un cocodrilo que suspira por atraer una presa.

(Se continuará.)

Notas y dibujos de un viajero por el departamento de los Vosges.

Un artista que ha querido pasar el verano actual en el departamento de los Vosges estudiando las costum-

bres de sus habitantes y la naturaleza tan pintoresca y grandiosa de esas comarcas, nos envia los siguientes apuntes con los dibujos que acompañan :

I. Pesca con red en el Moselle. — El Moselle que tiene su nacimiento en las montañas de los Vosges, es un rio en que abunda la pesca. Suministra principalmente y en gran cantidad la estimada trucha, el salmon, el sollo y otra porcion de peces. El dibujo representa unos pescadores con red redonda. El mejor tiempo para esta pesca es cuando las aguas vivas y transparentes del Moselle han sido enturbiadas por una lluvia ó una tempestad; entónces el pescador se puede aproximar con mas facilidad á los peces y arrojar su red.

II. Muchachas de la montaña



Pescadores con red en el Moselle.

yendo á misa. — En ese país pintoresco y montañoso, las habitaciones de los aldeanos están diseminadas por todas partes y aisladas hasta en las cumbres. Nadie podría pensar estando en el fondo del valle, en medio de la aldea junto á la iglesia, que mas allá de esas montañas áridas el país pueda estar habitado. Todos los domingos los habitantes bajan á la aldea alegremente, pues se hallan tan solitarios en sus montañas ! El domingo es para ellos una verdadera fiesta. Las jóvenes se ponen todas sus galas, esto es, un vestido de merino ó de percal, un delantal de seda y sobre todo su papalina de seda adornada de terciopelo y de cintas de colores vivos. La iglesia está muy lejos, á veces á dos leguas y los caminos son muy malos, pues todo se vuelven rocas y



Muchachas de la montaña bajando misa.



Leñador y guardabosque en los Vosges.

piedras, barrancos, y arroyos que bajan de los montes. Sin embargo, las muchachas andan su camino descalzas, pues las coquetas no querrian llegar á la aldea con los zapatos sucios, y luego, digámoslo tambien, por economia, para no gastar pronto su calzado. A la entrada de la aldea se calzan. Despues de la misa y las vísperas, cada cual se vuelve á su choza, subiendo la montaña, y ya se acabó la fiesta hasta el otro domingo.

III. Leñador y guardabosque de los Vosges. — El guardabosque es comunmente un moceton que ha servido en el ejército; es fuerte y robusto en fin, está cortado para su oficio. Todos los dias que caiga nieve, que llueva ó que abraze el sol, sube por las montañas con su perro y se mete en los montes. A veces pasa dias y



Pescadores de ranas

semanas enteras sin ver un aldea, si se exceptúa algun leñador. En este caso se fuma una pipa, se habla durante media hora y luego el guardabosque prosigue su paseo monotono. Y sin embargo, esta vida entre los abetos, está llena de encantos, como él dice.

IV. Los pescadores de ranas. — El parisiense que come ranas una vez por año, se hallaria en un apuro si quisiera distinguir una rana de un sapo. Luego ignora tambien como se coge la primera que es generalmente mas salvaje que el sapo. Hé aquí pues, la receta que traigo de mis viajes : — Por la primavera en los Vosges abundan mucho las ranas en los pantanos ó en los canales y los prados inundados. Por lo comun las cogen de noche; se adelantan sin

hacer ruido con una tea encendida, y las ranas atraídas por el resplandor llegan á la superficie del agua y contemplan sin desconfianza esa llama brillante; entónces no hay mas que bajarse con precaucion y se toman con la mano: así se cogen muchas en una noche.

V. *Cocina de una posada en los Vosges.* — En los Vosges como en muchas partes, una inmensa chimenea ocupa las tres cuartas partes de la cocina, y siempre está adornada con grandes pedazos de tocino, jamones y salchichones que se secan al humo; luego se ve la cadena, con el perol, el horno, y por último el armario con la porcelana de colores vistosos, platos, fuentes, cacharros de todas formas, y todo ello por lo común, muy limpio y reluciente.

Tales son las observaciones recogidas por el artista francés M. Adolphe, que ha tenido la bondad de comunicárnoslas con los dibujos á que se refieren. — Aunque de un interés bastante local hemos creído que podrán agradar á nuestros lectores.

T. R.



Cocina de una posada en los Vosges.

Un baile en San Petersburgo.

Una fiesta de esas que hacen época y dejan largos recuerdos ha sido dada hace poco tiempo á S. M. el em-

perador Alejandro II por la señora princesa Youssouppoff, una de las damas mas encumbradas de esa falange aristocrática que rodea con tanto brillo el trono del soberano de la Rusia. Esta fiesta, la primera por órden de fechas despues del advenimiento del nuevo emperador, ha sido una introduccion magnífica, para las maravillas que se preparan en Moscou. Pero digamos ante todo cuatro palabras sobre el lugar de la fiesta. San Petersburgo, además, ese brazo de mar, ese Támesis de aguas transparentes, se halla cortado por muchos canales hijos del rio, por donde se advierte una navegacion interior de las mas activas. Muelles espaciosos con palacios y edificios públicos, y bastantes puentes facilitan la circulacion sobre todos los puntos de la inmensa capital. El palacio Youssouppoff sobre el canal del Moika. El cuartel de la guardia de caballería de arquitectura gótica florentina le hace frente, y hácia la izquierda en lontananza, la iglesia de San Isaac opone sobre el cielo su alta cúpula cubierta de cobre dorado y su masa imponente de jaspe, de pórfido y



Iluminacion del palacio de la princesa Youssouppoff en San Petersburgo.

Aventuras de Polidoro Caldara,

LLAMADO EL CARAVAGGIO.

de bronce, y domina de toda su altura los monumentos que se elevan al otro lado del muelle. Por una idea muy feliz no habian iluminado solo su fachada, sino que un andamio inmenso colocado á la otra orilla cubierto de vasos de color, derramaba torrentes de luz sobre el palacio. Sobre ese andamio aparecia un transparente colosal con la cifra del Emperador y la Emperatriz que parecia proteger el águila de dos cabezas de la Rusia. El canal se llenó de barcas empavesadas, iluminadas con gusto y cargadas de orquestas y de coros. La princesa Youssouppoff queria que la fiesta que daba á su soberano fuese al mismo tiempo una fuente de regocijo público; y en efecto el público comprendió la intencion y acudió al llamamiento. Todo el muelle del canal y las calles adyacentes se llenaron en breve de una multitud compacta que no cesaba de aclamar con calor á los príncipes de la familia imperial, á medida que se apeaban de sus coches en el peristilo del palacio.

El vestíbulo y las escaleras eran como el prefacio de las magnificencias que se admiraban en el interior. El vestíbulo es una vasta pieza cuadrangular sostenida á cada lado por una hilera de columnas; la escalera se divide en dos ramales á la mitad; es de ese estilo italiano tan propio para la decoracion interior, y está adornada con hermosas estatuas de mármol blanco y un techo de jaspé. Flores de colores brillantes, enredaderas, arbutos del trópico adornaban esta rica escalera, y una multitud de lacayos con librea de terciopelo verde y galones de plata guarnecian los escalones examinando con una respetuosa curiosidad los hermosos caballeros y hermosas damas que se latizaban con júbilo hácia los salones resplandecientes de luz donde resonaban los gratos sonidos del wals y la mazurka.

Pero ántes de penetrar en esos salones, los convidados se detenian sorprendidos por la belleza del espectáculo que se ofrecia á sus ojos; sobre la derecha el Jardín de Invierno lleno de plantas tropicales parecia una continuacion de la avenida; un surtidor de agua hacia oír su suave murmullo y la mirada se dirigia extasiada por el espacio deslumbrador de los ricos salones.

Un volumen entero se necesitaria para describir todas las riquezas y las obras de arte que se hallan reunidas en esos espléndidos aposentos. El gusto mas exquisito ha presidido al arreglo de esas suntuosidades. Por todas partes se reconoce la mano de una mujer eminentemente elegante. El día del baile habia abiertos á la circulacion de los convidados veinte salones, sin contar los aposentos privados de la princesa; estos son dignos por su elegancia de rivalizar con los salones principales; los muebles de palo de rosa, las incrustaciones mas preciosas, las antigüedades mas raras, los encajes mas ricos, se ven allí prodigados con un lujo verdaderamente regio.

Tres grandes orquestas, la de Strauss, de Viena, recién llegada; la música del regimiento de caballeros guardias, y la orquesta particular de la princesa luchaban en celo y armonia, aunque sin confundirse en la inmensidad de los salones.

Además de los frescos que circulaban con profusion habia en las galerías laterales muchos aparadores adornados con un lujo prodigioso y cargados de esas mil golosinas que se consumen en un baile; todo ello en porcelanas de Sajonia, de Sevres, y en servicios de plata.

Todos los miembros de la familia imperial, personajes ilustres, notabilidades gubernamentales, literarias y artísticas, extranjeros distinguidos entre los cuales figuraba en primera linea el general Williams, el valiente defensor de Kars, y el general Ney el primer portador del ramo de oliva, bonitas mujeres, prendidos ricos y elegantes, nada faltaba para recibir dignamente al soberano que se habia dignado aceptar el homenaje de aquella fiesta magnífica.

Por desgracia S. M. I. no pudo honrar con su presencia aquella brillante reunion por causa de una indisposicion pasajera. Pasado el primer momento de sorpresa en breve se tranquilizaron todos sobre la salud del Emperador y las causas de su ausencia, y gracias á la amable intervencion de SS. AA. II. las grandes duquesas, á las diez el baile estaba en todo su brillo.

El salon presentaba un aspecto sorprendente; de una dimension enorme, alumbrado *a giorno*, era como el centro de la fiesta. Doscientas parejas de bailarines circulaban fácilmente, todo se volvia flores y encajes, diamantes y telas preciosas; las frescas y graciosas damas rusas cuya hermosura y distincion son proverbiales habian aceptado resueltamente esa lucha de elegancia. Los brillantes uniformes civiles y militares hacian resaltar por sus colores y bordados los prendidos de las señoras; la animacion estaba en su colmo, cuando la orquesta vino á tocar una polaca general. Sabido es que este baile es un paseo en el que toma parte todo el mundo; los convidados recorrieron de ese modo los aposentos del palacio y el salon del baile se quedó un momento abandonado. Pero al volver á él, toda una pared, la del fondo se abrió como por encanto, dejando á descubierto un salon de banquetes maravillosamente alumbrado y dos veces mayor que el de las danzas. Todos los convidados en número de seiscientos tomaron asiento á las mesas cargadas de manjares delicados en servicios de porcelana de Sevres y de plata.

Al amanecer se terminó esa hermosa fiesta cuyos honores hizo la princesa Youssouppoff con la cortesía propia de sus compatriotas y que la princesa posee en alto grado. Los viajeros dicen que la Rusia es la tierra de la hospitalidad; pero esta se convierte en prodigalidad cuando se trata de festejar dignamente al soberano.

P. B.

¡Adios, orillas del Adda y del Seris, decia un jóven que se hallaba sentado en el camino de Cremona, volviendo hácia el Septentrion sus ojos humedecidos de lágrimas! ¡Adios, hermosos campos del Milanésado! ¡Ya desapareció de mi vista el pueblo en que nací, y nadie se acuerda del pobre Caldara! ¡También ella me ha olvidado! ¿Pero seria así si su vanidad hallase algun consuelo ó satisfaccion en mi amor?... Y qué ¿no he de lograr yo que mi memoria pase á la posteridad enlazada con la suya? Laura se ha hecho tan inmortal como Petrarca; los nombres de la Fornarina y de Rafael están siempre juntos, mas ¿quién soy yo, pobre Caldara, para poder esperar que las generaciones futuras se acuerden de mí? Quedó de repente sumergido en las mas profundas meditaciones, y exclamó pasados algunos instantes: ¿Y quién dice que en mí no puede arder asimismo la sagrada chispa del genio? Al fin ¿es caso tan difícil reproducir la imagen de lo que se ve y se siente? El alma es la que debe pintar y no la mano.

Al concluir este soliloquio, se esforzaba el jóven Polidoro en trazar en la arena con la punta de su baston una cabeza de mujer; pero al ver el mal éxito de estos primeros ensayos, los horraaba lleno de ira, y volvia á trazar otros que no eran menos deformes. ¡Qué ignorante y qué mentecato que soy! exclamó: ya no me queda otra cosa que hacer sino tomar el oficio de espadachin ó de soldado. Pero ¿dónde tengo yo la fuerza para servir á las pasiones ó á la tiranía de algun potentado? No señor, Polidoro Caldara puede hacer alguna otra cosa mejor... quiero ir á Roma, y repitiendo el excelso nombre de la inmortal ciudad, se echaba al hombro su ligera alforja, y enjugándose las lágrimas, sin volver para atrás la cara ni una sola vez, empezó á andar á largos pasos como si le hubiera arrastrado una fuerza irresistible.

Apénas llegó á la ciudad de los siete montes, se dirigió al Vaticano, y se halló muy pronto entre los artistas que estaban pintando las galerías, cuyo cariño llegó á granjearse en muy poco tiempo á fuerza de atenciones y obsequios. Hallándose una mañana, segun su costumbre, en la puerta del Vaticano, vió que venian dos pintores de gran mérito, llamado el uno Maturino de Florencia, y el otro Juan Dendino, cargados con la caja de los colores de que debian servirse en aquel día.

— Ya no puedo mas, exclamó Maturino soltando su pesada carga, mucho trabajo nos ha de costar hallar otro muchacho que sea capaz de reemplazar aquel pícaro de Andresillo; en verdad que nos era muy útil, porque cuando nosotros llegábamos, nos tenia los colores perfectamente molidos y preparados.

— Tenemos razon, le decia Juan, pero ya no podemos conservarlo mas tiempo á nuestro lado, supuesto que habia desobedecido las órdenes de Rafael, permitiendo á los forasteros la entrada en las galerías.

— No hay duda, replicó Maturino; pero no es ménos cierto, que si he de ir yo todos los días cargado con estos colores, y me he de ocupar luego en molerlos, no me será posible dar una pincelada, porque me temblará el pulso.

Polidoro, que habia oido esta conversacion, se acercó á ellos con la mayor humildad y agradable semblante, ofreciéndose á servirlos y aliviarlos de aquel peso.

— ¿Quién eres tú, camarada? le preguntó Maturino. ¿Tú quieres servirnos? ¿Sabrás moler los colores?

El pobre Polidoro saltó de contento y alegría, y principió sus funciones con un afán y empeño, que dejó sumamente complacidos á los dos pintores, los cuales no tuvieron necesidad de darle sino muy pocas lecciones para que adquiriese la mayor destreza en su nuevo oficio; ¡tal era la aficion con que lo habia emprendido!

Era con efecto de admirar la solicitud y el cuidado con que Polidoro se colocaba detrás de su amo, observando todas sus operaciones y hasta sus mas pequeños movimientos. Ya desde entónces se habria podido presagiar que el nombre de Caravaggio habria de adquirir una gran celebridad. Cada día se iban fortaleciendo sus brillantes disposiciones; cogia los pedazos de lápiz que arrojaban los artistas, y con ellos estaba trazando siempre que tenia algun rato de lugar, una imagen que tenia esculpida en su corazon. Poco á poco fué perfeccionando estos informes bosquejos, hasta que llegaron á adquirir tal pureza de dibujo que llamaron la atencion del mismo Rafael, el cual, sorprendido del ingenio de aquel aprendiz, lo admitió en el número de sus discípulos, y se dedicó con empeño á cultivar tan felices disposiciones.

Los rápidos progresos que hizo Polidoro en la pintura, le granjearon el aprecio mas distinguido de su inmortal Mecenas, el cual lo llevó á su lado para que le ayudase en su grande obra del Vaticano. Ya desde este momento fué considerado en la clase de artista de gran mérito, y de ningún modo inferior al mismo Maturino, que habia sido su primer maestro, con el cual estrechó una amistad la mas franca y cordial.

Polidoro fué el primer pintor de la escuela romana que introdujo en sus pinturas aquel claro-oscuro que les da tanto realce; admirable artificio casi ignorado hasta entónces, y que sucesivamente se fué perfeccionando. Ningun pintor conoció mejor que él el estilo delicado de los antiguos; ninguno dió á sus figuras tanta gracia y originalidad. Sin embargo, á pesar de su fecunda fantasia, se hallaba con frecuencia en sus cuadros aquella cabeza de mujer que habia sido el objeto de sus primeros borroneos, no con la imperfeccion y deformidades con que la delineaba en el principio de su

carrera, sino con todo el primor del arte, pero conservando siempre las mismas facciones y la misma inspiracion.

Se hallaba un día dibujando una estatua que habia sido desenterrada del campo Vaccino, cuando llegó Maturino sin aliento á decirle que fuera corriendo á ver aquella figura, cuyas formas solia retratar con tanta frecuencia, pues que él acababa de ver el original, y que estaba seguro de no haberse engañado. Polidoro dejó precipitadamente el pincel y se dirigió con su compañero en busca del objeto de sus adoraciones, y tardó muy poco en ver aquellas encantadoras formas que tenia grabadas en su corazon.

Apénas supo que ella habia ido á Roma á buscar un asilo contra los horrores de la guerra civil, le dijo Polidoro.

— Ya no soy un aldeano oscuro y miserable; mi fantasia, exaltada con tu imagen, fué el mayor estímulo que yo tuve para el estudio; tu cara memoria me acaloraba el entendimiento y dirigia mi mano; yo nunca he cesado de amarte, y este tierno corazon, que siempre fué tuyo, te lo puedo entregar juntamente con un nombre que no carece totalmente de gloria, y con una mediana riqueza adquirida por medio de honrosas tareas.

¿Qué mujer podria resistirse á un amor tan puro y á unos ofrecimientos tan ventajosos? Polidoro fué correspondido, y á muy poco tiempo logró la una felicidad para él, que fué la blanca mano de su idolatrada amante.

Era esta la época en que Clemente VII y la república de Venecia se habian confederado con el rey de Francia contra el emperador Carlos V, el cual llevó sus armas victoriosas á todas partes y hasta la misma Roma, habiendo sitiado por último al sumo pontífice en el castillo de San Angelo. Los romanos quisieron defender á su soberano, pero fué en vano. La ciudad fué tomada por asalto por el condestable de Borbon en 6 de mayo de 1527, y saqueada por las tropas imperiales. El estudio de Polidoro se habia creído que pudiera ser un asilo mas seguro para su esposa; mas el santuario de las artes no fué respetado por una soldadesca embriagada con la victoria, pues que habiendo derribado la puerta se dirigió contra el pintor, el cual, queriendo servir de escudo á su esposa, se defendió desesperadamente, hasta que sucumbió á un golpe de alabarda que le fué dirigido por la espalda.

La frescura de los ladrillos, sobre los que habia caído exánime, lo volvió á la vida pasado algun tiempo; pero ¡qué horroroso espectáculo se presentó á su vista! Sus lienzos y dibujos hechos pedazos; sus pinceles y colores tirados por el suelo, y finalmente, rotos y destruidos todos los objetos de su arte predilecto. En cuanto á la persona que amaba mas que á todas las cosas del mundo, ya no la volvió á ver; pero le pareció que habia en el pavimento mayor cantidad de sangre que la que él podia haber arrojado por su herida.

Todo lo habia perdido Polidoro, excepto su ingenio y la amistad de Maturino; ambos buscaron en su divino arte un alivio á su dolor, pero habia decretado el cielo que á la guerra sucediese un azote todavia mas horroroso, como lo fué la peste, que habia principiado á desolar la Italia, y que no hizo gracia á la ciudad santa. Polidoro tenia poco la muerte; pero sufrió una pena todavia mayor al ver sucumbir en pocas horas á su íntimo amigo Maturino. Viéndose ya sin consuelo alguno, y no teniendo valor para vivir en una ciudad que no le presentaba mas que funestas memorias y escenas de luto y tristeza, trató de hallar bajo otro cielo algun alivio á sus males, con cuyo fin se dirigió á Nápoles; y como en esta ciudad no hubiera encontrado el apoyo y la proteccion que esperaba, pasó á la Sicilia, cuya riqueza en el ramo de antigüedades formaba su mayor consuelo.

Muy pronto se adornó Mesina con las famosas obras de su pincel; muchos frescos magníficos aumentaron la gloria que habia principiado á adquirir; y lo que le dió mas nombradía fué un cuadro de Jesucristo llevando la cruz acuestas, que pintó para la catedral.

Después que Muley-Hasan fué colocado en el trono de Túnez por las armas victoriosas de su protector Carlos V, pasó este soberano á Sicilia, en donde se le prepararon grandes fiestas para recibir al vencedor de Barbaroja, y Polidoro fué encargado de pintar los arcos triunfales que se le habian erigido en los puntos principales por donde habia de pasar el emperador. Se hallaba un día sentado cerca de la puerta de Catania pensativo é inmovil en medio del general regocijo y de las bulliciosas voces con que se celebraba aquella magnífica funcion, cuando una mujer que pasó á su lado pronunció suavemente el nombre de Polidoro. Al oír esta voz, se despertó de su letargo con gran sobresalto, se levanta de repente y ve una hermosa figura, que corre á reunirse con un grupo de señoras españolas.

Quedó como extasiado preguntándose á sí mismo si soñaba, ó si verdaderamente habia vuelto á ver á aquella mujer por la que habia estado derramando tantas lágrimas por espacio de nueve años. Muy pronto salió de sus dudas; volvió á verla diferentes veces, pero sin poderla hablar, y sin que le fuera permitido conocer su historia; ya que ella parecia que tenia un empeño en ocultarla. Llegó por fin un día en que pudo hablarla á solas.

— ¿Eres tú, le dijo cogiéndola por el brazo y quitándole el velo de la cara?

— ¡Ah, sí, yo soy la misma, le contestó: no me aborrezcas, porque yo te amo todavia!

Y entónces le contó que cuando lo habia visto en el suelo, creyó que habia sido herido mortalmente, y que

habría ella deseado morir al mismo tiempo, pero que había sido arrebatada por un oficial español.

— Si es verdad que tú me amas todavía, le replicó Caldara, sígueme; huyamos. Volveremos á ver los floridos campos del Milanésado; y si la Italia no te parece un asilo de bastante seguridad contra la cólera de un capitán de Carlos V, la tierra de Francia fué siempre cortés y hospitalaria á los artistas, y no nos faltará la protección del rey Francisco.

Ella se resistió por algun tiempo; y por fin se rindió á sus instancias, diciendo:

— Mañana muy temprano, cuando los primeros rayos del sol empiecen á dorar las elevadas cimas del monte Pelori, te hallarás aquí en esta puerta, y le enseñaba la del palacio en que vivía.

— Pues hasta mañana, contestó Polidoro.

— Hasta mañana fueron las últimas palabras que ella le dirigió.

Apénas hubo regresado Polidoro á la posada, cuando dió orden á su criado Pedro, que le preparase su maleta, porque al día siguiente al rayar el alba había de marcharse de Mesina; luego colocó el mismo en una cajita el oro y las alhajas que componían toda su riqueza; y como si temiese olvidarse del sitio de la cita, iba repitiendo de vez en cuando en voz baja: calle de Guiudecca, la quinta puerta de la derecha.

No bien había desaparecido la sombra nocturna, cuando una mujer envuelta en un largo velo sale de una casa de la calle de Guiudecca. Se adelanta con lento paso mirando á todas partes con azoro é inquietud, cuando tropieza con un cuerpo que estaba tendido en el suelo... se baja para observarlo, levanta su velo... ¿Y que ve esta desventurada? Al mismo Caravaggio, frio y exánime.

Fueron infructuosos todos sus esfuerzos para volverlo á la vida; Polidoro había muerto de una profunda y descomunal herida recibida en el pecho; pero como se observase que su vestido no estaba agujereado por la parte correspondiente á dicha herida, pudo descubrirse con facilidad el asesino, que lo fué el mismo criado del artista, que desde mucho tiempo había formado el proyecto de robar á su amo, y creyó que aquella era la mejor ocasión para perpetrar tan atroz atentado. Con efecto, apénas había conocido que estaba dormido Polidoro, entró en su cuarto con un ancho puñal, y lo clavó en el pecho de aquel desgraciado; y figurándose que podría alejar de sí toda sospecha, vistió prontamente el cadáver y lo llevó en sus hombros á la misma puerta en la que había oído que debía hallarse á la mañana siguiente.

Pagó este malvado en un afrentoso suplicio su alevn asesinato. Se le hicieron magníficas exéquias al famoso artista, y fué sepultado en la catedral de Mesina. En cuanto á la dama, que había sido la que había dado el primer soplo de vida á su ingenio, la que había sido su esposa, y que había sufrido tantas vicisitudes, nada nos dice la historia; siendo muy extraño que no haya quedado tan ilustrado su nombre como el de otras amantes de célebres ingenios, tanto mas que podía blasonar del solemne título de esposa, del que no pudieran gloriarse ni las Lauras, ni las Fornarinas.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Una fiesta de noche en el Pré Catelan. — Decoración morisca. — El teatro natural. — En todos los palacios se copiará este teatrillo. — Trajes del Pré Catelan. — De cómo se visten las hadas. — Fotografía de los prendidos mas lujosos. — Las faldas en abanico y las mangas á la veneciana. — Primeros sombreros de otoño y de invierno. — De cómo y por qué el CORREO DE ULTRAMAR los envía de antemano á sus lectoras. — Prendidos de baile de verano copiados en las aguas de Spa.

Ha habido en el Pré Catelan una gran fiesta nocturna en la cual ha desplegado la moda todas sus magnificencias. Era aquello un palacio encantado. La entrada principal era una copia de una de las puertas de la Alhambra. La decoración en pequeños globos de colores variados representaba la arquitectura y la escultura morisca. Luego había una alameda de honor alumbrada con jarrones de flores luminosas y cordones delgados de luz que corrían en el césped y en las flores como una porción de fuegos fatuos. Esta alameda conducía á un teatro natural, á los títeres italianos, á un teatro de física, á la telegrafía eléctrica y á la fotografía de los hermanos Bisson. Todo ese maravilloso Pré Catelan que se ha elevado como por encanto estaba alumbrado á giorno por una multitud de pequeños globos de fuego agrupados en los árboles formando un adorno sorprendente.

El teatro natural por cuya inauguración se daba aquella soberbia fiesta de noche, era una verdadera decoración de la Opera. Pero ¡qué decoración!... Una decoración con los árboles y las flores naturales, con manantiales de agua naturales, con bosquecillos naturales, con un hermoso cielo azul sembrado de estrellas. No se hacía nada mejor sin duda en tiempo de Luis XIV, y si M. Ernesto Ber, el inteligente director del Pré Catelan, hubiese vivido en aquella época habría sido seguramente el ordenador principal de todas las fiestas del monarca. Ese teatro excitó el entusiasmo universal: es el pensamiento mas nuevo y mas gracioso que un hombre de buen gusto haya podido realizar, y estoy bien convencida de que la idea encantadora de M. Ernesto Ber será copiada en los grandes palacios de Francia. Sí, cada uno de estos querrá tener su pequeño teatro natural para los placeres y recreos de verano. Con la ayuda de la naturaleza cada cual hará en el parque un bonito teatro que hará las delicias de la vida campestre.

Los prendidos que se advirtieron en el Pré Catelan eran dignos de la fiesta: todas las hermosas damas parisienses y extranjeras rivalizaban allí en lujo y elegancia. El blanco dominaba; ya se ve, todas las hadas se visten de blanco, y despues no hay nada mas bonito para una mujer joven y linda que un vestido de muselina blanca bordada ó lisa de pliegues anchos. Nada era mas poético que el ver aparecer y deslizar por las calles de flores y de verdura, tantos vestidos blancos misteriosamente alumbrados por aquella iluminación morisca y veneciana que proyectaba reflejos y sombras y que aparecía como un rayo de luna fantástico.

Pasemos una revista á los trajes.

— Un vestido blanco de muselina bordada con dobles volantes de tarlatana blanca que pasaban los volantes bordados. Los volantes de tarlatana estaban cortados en ondas y ribeteados de encaje negro. El corpiño llevaba tirantes de bordado y de tarlatana. La manteleta de muselina bordada llevaba dos volantes en armonía con los de la falda. Sombrero de paja Panamá con una corona de pequeñas plumas rizadas, colores blanco y negro.

— Otro id. id. sobre transparente azul de China; pañuelo grande de muselina bordada. Capota de crespon azul y de blonda con rizado de plumas azules cayendo por un lado y flotando sobre el otro.

— Otro id. de doble falda bordada de puntos sobre transparente malva: cada falda llevaba una orla de cinta malva, y en cada costura había un lazo de cinta. Capota de crespon malva y de blonda con guirnalda malva.

— Un vestido de tafetan botón de oro con cuatro volantes, ilustrado con cuadrillos de terciopelo negro. Pañuelo emperatriz de encaje negro. Sombrero de paja de Italia con pluma de pájaro del paraíso.

— Otro vestido de muselina con volantes estampados. Pañuelo emperatriz de guipure de Venecia. Sombrero de paja de arroz sin otro adorno que una cinta blanca. Por un lado una larga rama de magnolias naturales.

— Un vestido de organdi malva, con larga faldeta de organdi. Sombrero de paja de Italia adornado con flores de maiz.

— Otro vestido de gasa de seda blanca con tres volantes de tafetan Pompadour. Manteleta de seda blanca ricamente bordada con dos espléndidos volantes de Inglaterra con fleco rizado de azabache blanco.

— Otro vestido de tafetan blanco con listas de cinta malva y de punto de encaje. Manteleta compuesta de dos volantes de punto de encaje y de pequeños rizados de cinta malva. Sombrero de paja de Italia con una larga pluma malva colocada á la española. Doble guarnición de detrás, de blonda.

No acabaría si quisiera describir uno por uno los hermosos y lujosos prendidos de aquella fiesta de noche.

En el conjunto general de las actuales modas sobresalen las faldas en abanico y las mangas á la veneciana, esto es, la manga judía abierta casi hasta el hombro y flotando sobre las faldas. Este género de mangas es graciosísimo cuando la mujer tiene un buen brazo, pero cuando no, es preferible la manga de volantes.

La moda parisiense piensa ya en el otoño y en el invierno. Se ven agotando las creaciones de verano, pero nada se inventa ya para el buen tiempo, tratándose solo de los modelos de la estación del frio; así se habla de terciopelo y de paño cuando el termómetro sube á 33 grados. Esto consiste en que la moda es hoy muy diferente de lo que era en otro tiempo; es previsor, y si el invierno llega ántes de Todos Santos, quiere que haya posibilidad de vestirse de invierno.

Hablemos, pues, de las primeras novedades del invierno. ¡Ah! ¡si Paris supiera que yo le denuncié en medio del estío!... Pero es preciso, amables señoras que me leéis, que tengais tiempo para pedir vuestros vestidos y para que estos lleguen.

— Un sombrero de terciopelo azul adornado de blonda y de encaje negro. El borde del ala está cubierto con un encaje negro. Al rededor de la guarnición de detrás hay una corona de rosas silvestres de terciopelo, con hojas naturales que vienen á florecer por un lado en el interior del ala formando una media guirnalda. La guarnición de detrás lleva puntilla de blonda blanca. Cintas azules.

Un sombrero de terciopelo « epinglé » color de rosa enteramente cubierto de blonda. Un velito de motas flota sobre el ala y sobre el casco. El borde del ala lleva un rizado de blonda, así como la guarnición de detrás. Por un lado se ve una rosa gruesa con hojas y botones que viene á florecer en un grueso botón en el ala.

— Otro de terciopelo « epinglé » blanco cubierto con un velo de blonda formando como un gran volante sobre el ala. La guarnición de detrás está compuesta de un gran volante de blonda, lo que hace un sombrero con dos volantes. Pluma de pájaro del paraíso por un lado. Cintas blancas.

— Otro de terciopelo negro, adornado de encaje negro y de una guirnalda de uvas de terciopelo púrpura. Esta guirnalda de uvas armada con un follaje de terciopelo púrpura rodea la guarnición de detrás, que es de tul negro, rayada de listitas de terciopelo negro y compuesta de dos grandes encajes negros.

— Otro de cuadrillos formados con listas de terciopelo negro y terciopelo verde. El fondo está cruzado de bandas de terciopelo verde y de entredos de pasamanería de punto de España. Al rededor de la guarnición de detrás pequeñas plumas rizadas alternando el verde con el negro. En el interior semillas de América verdes, cereza y negras. Cintas verdes.

— Otro de terciopelo color de violeta adornado de guipure negro con rizados de pluma color de violeta y negro. En el interior florecillas color de violeta, perdidas en un

rizado de blonda. Cintas color de malva con estrellas violeta.

La forma de los sombreros nuevos no ha sufrido ninguna transformación comparada con la de los sombreros de verano. Las guarniciones de detrás son muy voluminosas, y los sombreros van adornados con encajes, blonda y guipure.

Formando transición con los sombreros de invierno, nuestro figurin de este número representa prendidos de baile copiados en Spa. Son trajes de altas señoras, pues las aguas de Spa reunen siempre lo mas distinguido del mundo elegante. La primera joven que tiene sobre sus rodillas una niña de cinco años lleva un traje de color de rosa, moda española. El vestido de tafetan color de rosa tiene cuatro volantes de tafetan guarnecidos con una alta blonda gótica. El corpiño escotado y de punta sin faldetas pasa del talle y va guarnecido de guipure. Las mangas llevan dos afollados de tafetan y dos guipures. El corpiño va adornado con una berta formada de tres paños de tafetan y de una guipure. Tocado de encaje negro y de rosas. Peine con calado de diamantes.

La niña de cinco años lleva un vestido blanco de batista, ó de tafetan blanco (segun el gusto de la joven madre). Este vestido va abierto por ambos lados y cerrado con lazos de cinta azul. Sobre la falda hay cuatro rizados de cinta azul separados unos de otros; el corpiño lleva afollados con listas de rizados de cinta azul. Mangas cortas con lazos en los hombros. Tocado de terciopelo azul sosteniendo los rizos rubios; collar de piedras y botitas azules.

La segunda joven lleva un traje llamado de jardinera. El vestido es de gasa blanca bordada de motas de paja lisa; la falda lleva tres grandes volantes guarnecidos con tres festones de paja. Sobre cada volante hay una guirnalda de flores silvestres. El corpiño es escotado y de punta, con segundo corpiño Watteau de flores; mangas griegas prendidas con un ramillete de flores silvestres; abanico Watteau; guirnalda redonda de flores de los campos.

El tercer traje pertenece á una joven de diez y seis años, que va vestida de primavera: — vestido de gasa color de lila todo rizado de tul ilusión de igual color; la falda lleva diez volantes de gasa enteramente rizados de tul; el corpiño lleva listas de igual rizado. En la cabeza adorno de flores silvestres prendidas entre las trenzas rubias.

El cuarto traje es de una joven de diez y ocho años. Compónese de una falda de tafetan azulado sin ningun adorno; el corpiño escotado es de tarlatana guarnecido de pequeños volantes estampados. Se diría una reina margarita blanca. En la cabeza lleva un cordón de florecillas azules entre dos bandós; por detrás adorno de iguales florecillas y espigas de paja con yerba flotante.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El Monte Blanco.

ASCENSION DE M. FORMAN Y SU HIJA EL 1º DE AGOSTO DE 1856.—PRIMERA ASCENSION Á LA AGUA DEL MEDIODÍA.

Todos los años una muchedumbre de viajeros visitan los valles de Chamonix y de Courmayeur, y es costumbre, de tiempo inmemorial el hacer excursiones por los montes. Todos los viajeros acuden allí naturalmente con el deseo de ver esos valles ya verdes, risueños y apacibles como un idilio de Gessner, ya pelados, áridos, desiguales, cubiertos de nieve en muchos puntos, dominados por agujas de piedra, entrecortados de ventisqueros que parecen próximos á invadirlos. Pero entre todas esas bellezas terribles ó graciosas, el Monte Blanco cautiva constantemente la atención, es el punto fijo de todas las miradas, el objeto de todas las preguntas; su cumbre quiere ser escalada por todos aquellos que familiarizados con las grandes escenas de las montañas desean conocer el espectáculo mas imponente que sea posible proporcionarse en Europa desde lo alto de ese coloso de los Alpes.

Pero hasta el día una ascension al Monte Blanco era cosa de tiempo, se pasaban hasta cinco y seis dias en el camino, y pocos eran los que se aventuraban á llevar á cabo una excursion tan difícil, tan larga y tan costosa. Hoy es distinto; hay personas que suben al Monte Blanco y bajan en un día, y además, se llega hasta lo alto de agujas que nunca había hollado la planta humana.

La Gaceta de Saboya publica una correspondencia de Chamonix de fecha 1º de agosto de 1856 en que se da cuenta de la ascension de M. Forman y su hija al Monte Blanco en los siguientes términos:

« El acontecimiento del día, dice, es una ascension al Monte Blanco, la primera de este año, principiada ayer mañana á las ocho por M. Forman y su hija. Llegaron felizmente á las « Grandes Mulas » á las tres de la tarde, y provistos de linternas salieron esta mañana á las dos en dirección á la cumbre del gigante de los Alpes.

» A las diez la pequeña caravana estaba reunida sobre la cresta mas alta de la Europa. Despues de un descanso de una hora dejó la cumbre del Monte Blanco, y habiendo descansado otra hora en las « Grandes Mulas » llegó á Chamonix á las siete de la tarde.

» Esta ascension hará época en los fastos del valle ya por el poco tiempo empleado en ella, (quince horas para subir y siete para bajar), ya por la intrepidez y la fuerza de la señorita Forman de quien cuentan maravillas los guías que la acompañaban. Esta joven inglesa es la cuarta mujer que ha subido á la cumbre del gigante de los Alpes.

» Todo el día la marcha de los viajeros ha sido seguida por una muchedumbre simpática; las ventanas que miran á la montaña estaban cubiertas de gente con anteojos. La llegada á Chamonix fué muy brillante. La

poblacion entera y todos los forasteros salieron á recibir á M. Forman y á su hija; los caminos en una extension de tres kilómetros y la plaza del Palacio-Real, estaban llenos de una muchedumbre ansiosa de contemplar á la jóven y graciosa heroína; la música de los guías recibió á la caravana á la falda del monte, se puso á la cabeza del cortejo y confundia sus himnos con los aplausos de la multitud y el ruido del cañon; una serenata y un árbol de fuegos artificiales terminaron la fiesta. » El mismo periódico publica otra correspondencia de Chamonix, fechada el 8, en que se dan sobre otras ascensiones los pormenores que siguen :

« Acabamos de ver la ascension mas notable que haya tenido lugar desde hace mucho tiempo : la aguja del Mediodía considerada hasta aquí inaccesible por todos los guías y atacada en vano repetidas veces, ha sido escalada el 5 de agosto por el señor conde de Bouillé, acompañado de seis guías y tres mozos. Un minero iba tambien para colocar garfios de hierro en la roca á guisa de escalones si se necesitaban.

» La caravana salió á las siete de la mañana, atraveso el mar de Hielo, los seracs, paso muy peligroso este año, y llegó á las ocho de la noche á la falda del Monte Blanco del Tacul. No encontrando ninguna roca abordable sobre las costas de ese océano helado, los viajeros tuvieron que bajar á una pequeña grieta de cinco metros de profundidad y pasar allí la noche, con una temperatura de 10 grados bajo cero. A las cuatro de la mañana siguieron su exploracion, y á las seis estaban al pié de

la aguja del Mediodía, pico de trescientos metros de altura, rodeado de grietas inmensas y cuya superficie perpendicular está erizada de puntas vacilantes y de témpanos de nieve que se desprenden continuamente

se oyó en todo el valle : « ¡ El conde de Bouillé ha subido! » y al punto los anteojos abandonaron las carabanas del Monte Blanco y se clavaron en la Aguja; un movimiento de satisfaccion se pintó en todos los rostros, y la noticia se esparció en todas las aldeas cuyos habitantes bajaron á felicitar al conde.

» Su entrada eclipsó todo lo conocido hasta el dia; el cañon anunció que el país celebraba una fiesta. Toda la poblacion y los forasteros, con la música de los guías á la cabeza formaron un largo cortejo desde la bajada del Montanvert hasta la fonda, donde habia un arco de

triumfo lleno de flores, con la inscripcion siguiente : — « ¡ Honor al señor conde de Bouillé! Primera ascension á la aguja del Mediodía; 5 de agosto de 1856. »

« La ascension de la señorita Forman ha estimulado á los jóvenes gentlemen de la colonia de Chamonix; tres carabanas llegaron á la cumbre del Monte Blanco el 5 de agosto, dia de la ascension á la aguja del Mediodía.

» M. John Leech y su jóven hermano William Leech, salieron el 4 á las siete de la mañana, llegaron á la cumbre del Monte Blanco á pesar de un viento muy fuerte, y á las cinco de la tarde del 5 estaban de vuelta.

» M. H. Fairbanks de los Estados- Unidos acompañado de su hermana miss Carlota hasta las « Grandes Mulas, »

salió algunas horas despues que los hermanos Leech, y despues de un viaje feliz volvió á Chamonix cuando llegaba el conde de Bouillé.

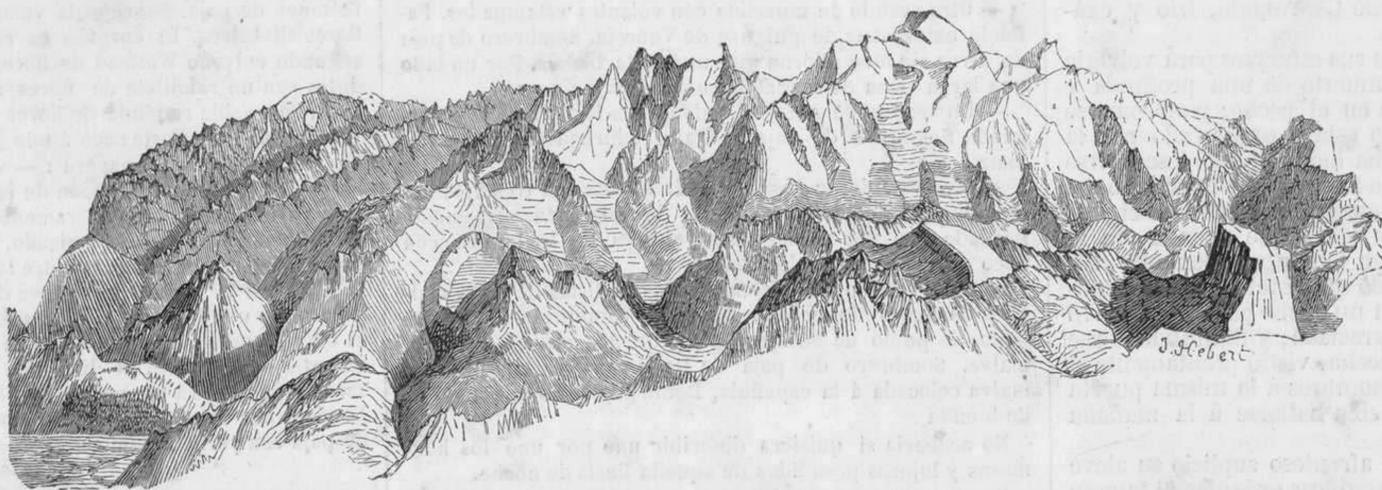
» Por último, M. Thop Houldsworth, inglés, de edad de diez y seis años, el mas jóven de los que han llegado



Vista del Monte Blanco por el lado del Levante.

con estrépito, y resonaban como balas de canon en los oídos de los viajeros.

» Despues de vencer obstáculos inauditos, jugando la vida á cada paso, la bandera de la expedicion pudo plantarse á las ocho en la punta de la Aguja. La bajada



Vista del Monte Blanco por el lado del Poniente.

fué horrible y todos pensaban en la catástrofe de los guías del doctor Hamel en 1820. Pero afortunadamente los viajeros pudieron alcanzar el camino de la vispera y llegaron á Chamonix el mismo dia á las siete y media de la tarde. Cuando se vió la bandera un solo grito

salí algunas horas despues que los hermanos Leech, y despues de un viaje feliz volvió á Chamonix cuando llegaba el conde de Bouillé.

» Por último, M. Thop Houldsworth, inglés, de edad de diez y seis años, el mas jóven de los que han llegado



Vista general del Monte Blanco.

hasta el dia á la cumbre del Monte Blanco, quiso aventajar á sus rivales haciendo por primera vez la ascension en un solo dia; salió el 5 á media noche y estaba

de vuelta á las nueve de la noche aquel mismo dia. » Los tres dibujos que publicamos están copiados de un relieve exactísimo representando el Monte Blanco y las

montañas que le rodean, debido á M. Sené que ha consagrado diez años de su vida á la ejecucion de esta obra admirable.